









OBRAS ESCOGIDAS
DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO
VILLEGAS,

Caballero del Habito de Santiago, Secretario de S. M. y Señor de la Villa de la Torre de Juan Abad.

TOMO I.

Contiene la Historia y Vida del gran Tacaño.

CON LICENCIA:
EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.
MADRID: MDCCXCIII.

Se hallarán en la Librería de Castillo frente á las gradas de San Felipe el Real; y en el Puesto de Cerro, calle de Alcalá.



R.P. 661

T. 55749

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero del Hábito de Santiago, Secretario de S. M. y Señor de la Torre de Juan Abad, es tan conocido en el Orbe literario, que no es menester mas de nombrarle para oír sus alabanzas: por lo mismo omitiremos quanto se pudiera decir en su loor, y nos ceñiremos á dar una breve noticia de su vida. Nació este ilustre y sapientísimo escritor en la coronada Villa de Madrid el año de 1580: fueron sus padres D. Pedro Gomez de Quevedo y Doña Maria de Santibañez, personas en quienes concurrieron las circunstancias de calidad, y nobleza. Desde niño manifestó D. Francisco una gran viveza, y solidez de ingenio, con el qual pasó felizmente los Cursos en la Universidad de Alcala, y aprendió con perfeccion las lenguas Griega, Italiana, Hebrea, Francesa y Arábica. De resultas de un impensado lance, á que se siguió una desgracia, pasó á Italia, donde tuvo

mucha mano en el gobierno de Nápoles y Sicilia, siendo Virrey el célebre D. Pedro de Giron, Duque de Osuna, su grande favorecedor: con esta ocasion hizo, (exponiendo su vida á manifestos peligros) importantes servicios á la Corona, que queriendo premiar la Magestad del Rey D. Felipe IV. al propio tiempo que manifestar la estimacion que hacia de su persona, le honró con el Hábito de Santiago, y despues con el título de su Secretario. Estuvo casado con Doña Esperanza de Aragon, hermana de Don Bernardo de Cabra. Obispo de Balbastro, que perdió muy en breve sin dexarle sucesion. Tuvo además de otras virtudes, una suma igualdad de ánimo, con la que supo llevar todos sus trabajos, peligros, enfermedades, pérdidas de hacienda, y prolijas prisiones, que padeció primero, con motivo de las borrascas del Duque de Osuna, y despues por algunos escritos que aparecieron contra el gobierno del Conde Duque de Olivares, y sus émulos quisieron achacarle: Estos disgustos y la penosa prision, que sufrió en Leon, es de creer,

con-

contribuyeron á minorarle los dias de su vida , pues habiéndose retirado á la Torre de Juan Abad , se le agravaron tanto sus achaques , que le precisaron á pasar á Villanueva de los Infantes para que le acudiesen con los remedios mas prontamente , donde al fin murió el dia 8 de Septiembre del año de 1645.

Las muchas obras que dexó escritas este insigne escritor , son la admiracion de todos los Sabios: Don Nicolas Antonio en su Biblioteca nueva , artículo de su nombre , despues de tributarle varios elogios , las divide en quatro clases : en la primera pone las Sagradas Histórico-Políticas ; en la segunda las Profanas , que son , ó Morales ó Políticas ; en la tercera , las Jocosas , ó Satírico Morales ; y en la quarta comprehende sus Poesias.

Creyendo , pues , que una Coleccion de las obras escogidas de este célebre ingenio , no puede menos de ser bien admitida de los curiosos , para formarla , hemos entresacado los mejores tratados de la tercera clase , por dos razones : la primera , porque en estos se conoce mejor el genio y caracter de Quevedo ; y la

la segunda , por el gusto y aplauso universal que han conseguido , no solo en nuestros Reynos , sino en los extrangeros , á pesar de que ninguno ha tenido la satisfaccion de verlos bien traducidos en su idioma: Para que sea mas cómoda se dividirá en quatro tomitos , que comprenderán los tratados siguientes, y se publicarán de quince á quince dias.

TOMO I.

La Historia y Vida del gran Tacaño.

TOMO II.

El Sueño de las Calaberas.

El Alguacil Alguacilado.

Las Zaurdas de Plutón.

El Mundo por de dentro.

La visita de los Chistes.

Cartas del Caballero de la Tenaza.

La Culti Latiniparla.

El Entremetido, la Dueña y el Soplon.

Cuento de cuentos.

TOMO III.

La Fortuna con seso y hora de todos.

TOMO IV.

Casa de los locos de amor.

Pragmática del tiempo.

Carta de las calidades de un casamiento.

Carta del Autor, en que dá cuenta de lo que le sucedió en el viage que el Rey nuestro Señor hizo al Andalucía.

Tira-la-Piedra y esconde-la-mano.

Libro de todas las cosas y otras muchas mas.

Donde este se hallarán los siguientes.

- La Moral de Don Quixote , dos tomos.
La Moral de Sancho Panza.
Vida de Don Diego de Torres.
Dias alegres , dos tomos.
Recreo casero , ó coleccion de cinquenta juegos de prendas.
La República literaria , con láminas.
Novelas escogidas, por los mejores autores Españoles, ocho tomos.
El Pastelero de Madrigal.
Guia general de Labradores.
Morir viviendo en la Aldea , y vivir muriendo en la Corte.
Coleccion de las mejores Comedias nuevas que se han representado en los Teatros de esta Corte, seis tomos , y ademas un gran surtido de otras varias , como tambien de Tragedias y Saynetes.

HISTORIA,

Y VIDA

DEL GRAN TACAÑO.

CAPITULO PRIMERO.

En que cuenta quién es , y de dónde.

Yo , Señor , soy de Segovia , mi padre se llamó Clemente Pablo , natural del mismo Pueblo (Dios le tenga en el Cielo). Fue tal , como todos dicen , de oficio Barbero ; aunque eran tan altos sus pensamientos , que se corria le llamasen así , diciendo que él era Tundidor de mexillas , y Sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa ; y segun él bebia , era cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo , hija de Octavio de Rebollo Codillo , y nieta de Lepido Ziuraconte.

Sospechábase en el Pueblo que no era Christiana vieja , aunque ella , por los nombres de los pasados , esforzaba que descendia de los del Triunvirato Romano. Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió, todos los copleros de España hacian cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recien casada, y aun despues, porque malas lenguas daban en decir, que mi padre metia el dos de bastos, por sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacia la barba á navaja , mientras les daba con el agua , levantádoles la cara para el lavatorio , un mi hermano de siete años les sacaba (muy á su salvo) los tuetanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes , que le diéron en la carcel. Sintiólo mucho mi padre , por ser tal , que robaba á todos las voluntades. Por estas , y otras niñerías estuvo preso ; aunque (segun á mí me han dicho) despues salió de la carcel con tanta honra , que le acompañaron doscientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las Damas diz que salian, por verle , á las ventanas ; que siempre

pareció bien mi padre á pie, y á caballo; no lo digo por vanagloria, que bien saben todos quan ageno soy de ella. Mi madre pues no tuvo calamidades. Un dia, alabándomela una vieja, que me crió, decia que era tal su agrado, que hechizaba á todos quantos la trataban: solo diz que le dixo no sé qué de un cabron, lo qual la puso cerca de que la diesen plumas, con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, y resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban Zurcidora de gustos, otros Algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre Alcahueta, y Flux de los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para mas atraerles sus voluntades. No me detendré en decir la penitencia áspera que hacia. Tenia su aposento donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como chiquito podia) todo rodeado de calaveras, que ella decia eran para recuerdos, y memorias de la muerte: y otros por vituperarla, decian, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado; y de-

cíame á mí: ¿qué piensas? con el recuerdo de esto, aconsejo á los que bien quiero, que para que se libren de ellas, vivan con la barba sobre el hombro; de suerte, que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren. Hubo grandes diferencias entre mis padres, sobre á quién habia de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué, ni á uno ni otro. Decíame mi padre: hijo, esto de ser ladron, no es arte mecánica, sino liberal; y de allí á un rato, habiendo suspirado, decía: De manos; quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los Alguaciles, y Alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan, y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el dia de nuestro Santo. No lo puedo decir sin lágrimas; (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habian bastoneado las costillas): porque no querrian, que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos, y sus Ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mis mocedades siempre

andaba por las Iglesias, (y no cierto de puro buen Christiano) muchas veces me hubieran llevado caballero en el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé, sino quando lo manda la Santa Madre Iglesia; y así con esto, y mi oficio he sustentado á tu madre, lo mas honradamente que he podido. ¿Cómo me habeis sustentado? dixo ella, con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á brujo). Yo os he sustentado á vos, y sacadoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. ¿Si no confesábades, era por vuestro ánimo, ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes; y si no temiera que me habian de oír en la calle, yo dixera lo de quando entré por la chímenea, y os saqué por el texado. Mas dixera, segun se habia encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenia metidos en paz. Yo les dixe, que queria aprender virtud resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiesen á la Escuela, pues sin leer, ni escribir no se podia hacer nada. Pa-

reciérales bien lo que yo decia, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas; y mi padre fue á reparar á uno (así lo dixo él) no sé si la barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios que me hizo hijo de padres tan hábiles, y zelosos de mi bien.

CAPITULO II.

De como fué á la Escuela, y lo que en ella me sucedió.

A otro dia ya estaba comprada cartilla, y hablado al Maestro. Fuí, señor, á la escuela, recibíome muy alegre, diciendo, que tenia cara de hombre agudo, y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, dí muy bien la licion aquella mañana. Sentábame el Maestro junto á sí: ganaba la palmatoria los mas dias, por venir antes, y ibame el postrero, por hacer algunos recaudos de señora (que así llamamos á la muger del Maestro.) Teníalos á todos, con semejantes caricias, obligados. Favoreciéronme demasia-

siado, y con esto creció la envidia entre los demas niños. Llegábame de todos á los hijos de Caballeros, y particularmente á un hijo de Don Alonso Coronel de Zúñiga, con el qual juntaba meriendas. Ibame á su casa los días de fiesta, y acompañábale cada dia. Los otros, ó porque no les hablaba, ó porque les parecia demasiado punto el mio, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban Don Navaja, otros me llamaban Don Ventosa. Qual decia (por disculpar la envidia) que me queria mal, porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decia que á mi padre le habian llevado á su casa, para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decian zape quando pasaba, y otros miz. Qual decia: yo le tiré dos berengenas á su madre, quando fue Obispa. Al fin con todo quanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corria, disimulábalo, y todo lo sufría, hasta que un dia un muchacho se atrevió á decirme á voces: hijo de una puta y he-

chicera; lo qual como lo dixo tan claro (que aun si lo dixera turbio, no me pesara) agarré una piedra, y descalabréle. Fuime á mi madre corriendo, que me escondiese, y contéla todo el caso; á lo qual me dixo: muy bien hiciste, bien muestras quien eres; solo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dixo. Quando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos) volvime á ella, y dixé: ¡Ah madre! pésame solo de que algunos de los que allí se hallaron, me dixeron no tenia que ofenderme por ello; y no les pregunté si era por la poca edad del que lo habia dicho. Roguéle me declarasesi pudiera haberle desmentido con verdad; ó que me dixese si me habia concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dixo: Ah! nora mala; eso sabes decir? no serás bobo: gracias tienes: muy bien hiciste en quebrarle la cabeza; que estas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir. Yo con esto quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves dias, y salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fue mi

padre, curó al muchacho, apaciguólo, y volvióme á la escuela, adonde el Maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razon que habia tenido. En todo esto siempre me visitaba el hijo de D. Alonso de Zúñiga, que se llamaba D. Diego, porque me queria bien naturalmente, que yo trocaba con él los peones, si eran mejores los míos. Dábale de lo que almorzaba, y no le pedia de lo que él comia: Comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entreteniale siempre. Así que, los mas dias sus padres del Caballero, viendo quanto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me daxasen con él á comer, cenar, y aun dormir los mas dias. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el qual tenia fama de Consejero, que el D. Dieguito me dixo: ola, llámale Poncio Pilatos, y da á correr. Yo por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilatos. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un cuchillo desnudo

para matarme; de suerte, que fue forzoso meterme huyendo en casa del Maestro. Entró el hombre dando gritos tras mí; y defendiéndome el Maestro, asegurando que no me matase, prometiéndole de castigarme; y así luego, aunque la Señora le rogó por mí, (movida de lo que la servia) no aprovechó; y mandándome desatacar, y azotándome, decia tras cada azote: ¿dixeis mas Poncio Pilatos? Yo respondia, no señor; y respondílo dos veces, á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que mandándome el dia siguiente decir, como solia, las oraciones á los otros, llegando al Credo (advierta Vm. la inocente malicia) al tiempo de decir: padeció so el poder de Poncio Pilato, acordándome que no habia de decir mas Pilatos, dixi: padeció so el poder de Poncio de Aguirre. Dióle al Maestro tanta risa de oír mi simplicidad, y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó, y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fui muy contento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las Carnes-

nestolendas, y trazando el Maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese Rey de gallos. Echamos suertes entre doce señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el dia, y salí en un caballo ético y mustio, el qual mas de manco, que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola: el pescuezo de camello, y mas largo; la cara no tenia sino un ojo, aunque obero. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerias del que le tenia á cargo en el ganarle la racion. Yendo, pues, en él dando vueltas á un lado y á otro, como fariseo en paso, y los demas niños todos aderezados tras mí, pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verduleras (Dios nos libre) agarró mi caballo un repollo á una; y ni fue visto ni oido quando lo despachó á las tripas, á las quales, como iba rodando por el gaznate, llegó en breve tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó á dar voces, llegaronse otras, y con ellas pícaros, y alzando zahanorias garrafales, nabos

bos frisones, verengenas y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre Rey. Yo viendo que era batalla nabal, y que no se habia de hacer á caballo, quise apear-me, mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo á empinarse cayó conmigo (hablando con perdon) en una privada: púseme qual Vm. puede imaginar. Ya mis muchachos se habian armado de piedras, y daban tras las verduleras, y descalabraron dos. Yo á todo esto, despues que caí en la privada, era la persona mas necesaria de la riña. Vino la Justicia, prendió á berceras y muchachos, mirando á todos qué armas tenian y quitándoselas, porque habian sacado algunas dagas de las que traían por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó á mí; y viendo que no tenia ningunas, porque me las habian quitado y metí dolas en una casa á secar con la capa y sombrero; pidióme, como digo, las armas, al qual respondí todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenia otras. Y de paso quiero confesar á Vm. que quando me empezaron á tirar las verengenas, nabos, &c. que como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me ha-

habian tenido por mi madre, y que la tiraban, como habian hecho otras veces; y así, como necio y muchacho empecé á decir: hermanas, aunque llevo plumas no soy Aldonza Saturno de Revollo, mi madre, como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpe la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al Alguacil, quiso llevarme á la carcel, y no me llevó porque no tenia por donde asirme (tal me habia puesto de lodo). Unos se fueron por una parte, y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando quantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venia, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos leguas de rocin esprimido, que me dieron. Procuraba satisfacerlos; y viendo que no bastaba, salíme de su casa, y fuíme á ver á mi amigo D. Diego, al qual hallé en la suya descalabrado, y á sus padres resueltos por ello de no le enviar mas á la escuela. Allí tuve nuevas de como mi rocin viéndose en aprieto,

se

se esforzó á tirar dos coces , y de puro flaco, se le desgajaron las ancas, y se quedó en el lodo, bien cerca de acabar. Viéndome, pues, con una fiesta revuelta un Pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado, y el caballo muerto, determiné de no volver mas á la escuela ni á casa de mis padres, sino de quedarme á servir á D. Diego, ó por mejor decir, en su compañía , y esto con gran gusto de sus padres , por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa que ya no habia menester ir mas á la escuela , porque aunque no sabia bien escribir , para mi intento de ser Caballero, lo que se requería era escribir mal; y así desde luego renunciaba la escuela, por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé donde, y como quedaba, y que hasta que me diesen licencia, no les vería.

CAPITULO III.

De como fui á un pupilage por criado de Don Diego Coronel.

Determinó, pues, D. Alonso de poner á su hijo en pupilage: lo uno, por apartar-

tarle de su regalo; y lo otro, por ahorrarse de cuidado. Supo que habia en Segovia un Licenciado Cabra, que tenia por oficio criar hijos de Caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer Domingo despues de Quaresma en poder de la hambre viva, porque tal lacería no admite encarecimiento. El era un Clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo; no hay mas que decir para quien sabe el refran que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecindados en el cogote, que parecia que miraba por cuébanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de Mercaderes: la nariz entre Roma y Francia, porque se le habia comido de unas bubas de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero: las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecia que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé quantos; y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habian desterrado: el gatzate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que pa-

parecia se iba á buscar de comer forzada de la necesidad ; los brazos secos : las manos como un manojo de sarmientos cada una : mirado de medio abaxo, parecia tenedor ó compás , con dos piernas largas y flacas: su andar muy de espacio: si se descomponia sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro : la habla ética : la barba grande , que nunca se la cortaba por no gastar: y él decia que era tanto el asco que le daba ver las manos del Barbero por su cara , que antes se dexaria matar , que tal permitiese : cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol ratonado , con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos , era milagrosa , porque no se sabia de que color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana : otros decian que era ilusion; desde cerca parecia negra, y desde lexos entre azul; llevábala sin ceñidor : no traia cuello ni puños , parecia con los cabellos largos, la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser

ser tumba de un Filisteo. ¿Pues su aposento? aun arañas no habia en él: conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba: la cama tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado, por no gastar sábanas: al fin era archipobre y protomiseria. A poder, pues, de este vine, y en su poder estuve con Don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento, y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró mas. Dixonos lo que habiamos de hacer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer: fuimos allá: comian los amos primero, y serviamos los criados. El Refectorio era un aposento como un medio celemin, sustentábanse á una mesa hasta cinco Caballeros: yo miré lo primero por los gatos, y como no los ví, pregunté, que cómo no los habia á un criado antiguo, el qual de flaco estaba ya con la marca del pupilage. Comenzó á enternecerse, y dixo: ¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. Yo con

esto me comencé á afligir; y mas me asusté quando advertí que todos los que antes vivian en el pupilage estaban como lesnas, con unas caras que parecian se afeytaban con diaquilon. Sentóse el Licenciado Cabra, y echó la bendicion: comieron una comida eterna, sin principio, ni fin: traxeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas, peligraba Narciso mas que en la fuente: noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado trás un garbanzo huérfano y solo, que estaba en el suelo. Decia Cabra á cada sorbo; Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dixeren; todo lo demas es vicio y gula. Acabando de decirlo, echóse su escudilla á pechos, diciendo: Todo esto es salud, y otro tanto ingenio. ¡Mal ingenio te acabe! decia yo, quando ví un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecia la habia quitado de sí mismo. Venia un navo aventurero á vueltas, y dixo el Maestro: ¿nabos hay? no hay para mí perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de verlos comer. Repartió á cada uno

uno tan poco carnero , que en lo que se les pegó á las uñas , y se les quedó entre los dientes , pienso que se consumió todo , dexando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba , y decia : coman , que mozos son , y me huelgo de ver sus buenas ganas. Mire vuesa merced que buen aliño para los que bostezaban de hambre. Acabaron de comer , y quedaron unos mendrugos en la mesa , y en el plato unos pellejos y unos huesos ; y dixo el Pupilero : quede esto para los criados , que tambien han de comer , no lo queramos todo. ¡Mal te haga Dios , y lo que has comido , lacerado , decia yo , que tal amenaza has hecho á mis tripas ! Echó la bendicion , y dixo : Ea , demos lugar á los criados y váyanse hasta las dos á hacer exercicio , no les haga mal lo que han comido. Entonces yo no pude tener la risa , abriendo toda la boca. Enojóse mucho , y díxome , que aprendiese modestia , y tres ó quatro sentencias viejas , y fuese. Sentámonos nosotros , y yo que ví el negocio mal parado , y que mis tripas pedian justicia , como mas cano , y mas fuer-

fuerte que los otros , arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos, y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: Entró Cabra al ruido , diciendo: Coman como hermanos, pues Dios les dá con qué, no riñan , que para todos hay. Volvióse al sol , y dexónos solos. Certifico á vuesa merced , que habia uno de ellos que se llamaba Surre , Vizcayno, tan olvidado yá de cómo, y por donde se comia, que una cortecilla que le cupo, la llevó dos veces á los ojos , y de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacian) y diéronme un vaso con agua: y no le hube bien llegado á la boca , quando , como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dixé. Levantéme con grande dolor de mi ánima viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas, y no hacian la razon. Dióme gana de descomer (aunque no habia comido) digo de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y díxome: No lo sé, en esta casa

no las hay , para una vez que os proveereis mientras aqui estuviéredes , donde quiera podeis ; que aqui estoy dos meses ha , y no he hecho tal cosa , sino el dia que entré , como vos ahora , de lo que cené en mi casa la noche antes. ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fue tanta , que considerando lo poco que habia de entrar en mi cuerpo , no osé (aunque tenia gana) echar nada de él. Entretuvímonos hasta lo noche. Decíame Don Diego , ¿que qué haria él para persuadir á las tripas , que habian comido , porque no lo querian creer? Andaban vaguidos en aquella casa , como en otra ahitos. Llegó la hora de cenar: pasóse la merienda en blanco: Cenamos, mucho menos , y no carnero , sino un poco del nombre del maestro : Cabra asada. Mire Vm. si inventára el diablo tal cosa. Decia : es muy saludable , y provechoso el cenar poco , para tener el estómago desocupado ; y citaba una retahila de Médicos infernales. Decia alabanzas de la dieta , y que ahorra un hombre de sueños pesados ; sabiendo que en su casa no se podia soñar otra cosa

sino que comian. Cenaron , y cenamos todos , y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar , y en toda la noche yo , ni Don Diego pudimos dormir ; él trazando de quejarse á su padre , y pedir , que le sacase de allí , y yo aconsejándole que lo hiciese; y últimamente le dixé: Señor, ¿sabeis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino , que en la pendencia de las berceras nos mataron , y que somos ánimas que estamos en el Purgatorio: y asi es por demás decir , que nos saque vuestro padre , si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones , y nos saca de penas con alguna Misa en Altar privilegiado. Entre estas pláticas , y un poco que dormimos , se llegó la hora de levantar : dieron las seis , y llamó Cabra á lición : fuimos y oímosla todos. Ya mis espaldas , y hijadas nadaban en el jubon , y las piernas daban lugar á otras siete calzas: los dientes sacaba con tobas amarillos , (vestidos de desesperacion): Mandáronme leer el primer nominativo á los otros , y era de manera mi hambre , que me desayuné con la mitad de las razones , comiéndomelas; y todo esto creerá quien

supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él habia visto meter en casa, recién venido, dos frisonos, y que á dos dias salieron caballos ligeros, que volaban por los ayres; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una Quaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, y otros todo el cuerpo en el portal de su casa (esto por muy gran rato) y mucha gente venia á solo aquello de fuera; y preguntando un dia, ¿qué seria? porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió: que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa, morían de hambre; de manera, que no comían de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo que conocí la casa, lo creo; dígolo, porque no parezca encarecimiento lo que dixe. Y volviendo á la leccion, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir, que he contado; solo añadió á la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dixeron un dia de hidalguia allá fuera: y así tenia una caja

de hierro toda agujereada como salvadera: abrialala y metia un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metiala colgando de un cordel en la olla para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro dia el tocino. Parecióle despues, que en esto se gastaba mucho, y dió en asomar el tocino en la olla. Pasabámoslo en estas cosas, como se puede imaginar. D. Diego, y yo nos vimos tan alcabo, que ya que para comer no hallábamus remedio, pasado un mes le buscamos, para no levantarnos de mañana; y así trazábamus de decir, que teniamos algun mal; pero no diximos calentura, porque no la teniendo, era facil de conocer el enredo: dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo; diximos al fin que nos dolian las tripas, y estábamos malos, de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres dias, fiados en que á trueque de no gastar dos quartos, no buscaria remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenia una receta, que habia heredado de su padre, que fue Boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina, y llamando una vie-

vieja de setenta años, tia suya, que le servia de enfermera, dixo, que nos echasse sendas gaytas. Empezáron por D. Diego: el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparóselo por entre la camisa, y espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por defuera guarnicion, la que dentro habia de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos: vino Cabra, y viéndolo, dixo que me echasen á mí la otra, que luego tornaria á D. Diego. Yo me vestia; pero valióme poco, porque teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, á la qual de retorno di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dixo que él me echaria de su casa; que bien se echaba de ver que era todo bellaqueria: mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos á Don Alonso, y el Cabra le hacia creer, que lo haciamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valian plegarias: metió en casa la vieja por ama para que guisasse, y sirviese á los pupilos, y despidió al criado porque le halló el Viernes de mañana con unas migajás de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja, Dios lo

sabe; era tan sorda, que no oía nada: entendia por señas: ciega, y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la traxo con el caldo, mas devoto, que jamas comi. Unos decian: garbanzos negros, sin duda son de Etiopia. Otros decian garbanzos con luto; ¿quién se les habrá muerto? Mi amo fue el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los Viernes nos solia enviar unos huevos á fuerza de palos y canas suyas, que podian pretender Corregimiento ó Abogacia. Pues meter vadil por el cucharon, enviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que ilaba, en la olla, y todo lo metia para que hiciese presencia en las tripas, y abultase. Pasamos este trabajo hasta la Quaresma que vino, y á la entrada de ella estuvo malo un compañero: Cabra, por no gastar, detuvo el llamar el Médico, hasta que ya él pedia confesion, mas que otra cosa: llamó entonces un Platicante, el qual le tomó el pulso, y dixo, que el hambre le habia ganado por la mano el matar aquel hombre.

bre. Diéronle el Sacramento, y el pobre quando lo vió (que habia un día que no hablaba) dixo: Señor mio Jesu Christo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno: imprimiéronsele estas razones en el corazon; murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz: llegó á oídos de Don Alonso Coronél; y como no tenia otro hijo, desengaño se de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar mas crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del Pupilage, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar mas, trató muy mal de palabras al Licenciado Vigilia. Mandónos llevar en dos sillas á casa; despedímonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos, y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argél, viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPITULO IV.

De la convalecencia, é ida á estudiar á Alcalá de Henares.

Entramos en casa de Don Alonso, y echáronnos en dos camas, con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos del hambre. Traxeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara: y á mí, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado) en buen rato no me los hallaron. Traxeron Médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorros el polvo de las bocas, como á retablos; y bien lo eramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada, y á la primera ave, las luminarias que pusieron las tripas de contento? todo les hacia novedad. Mandaron los Doctores, que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de qual-

qualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzaron á volver y cobrar algun aliento; pero nunca podian las quixadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así se dió orden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de quatro dias; y aun pareciamos sombras de otros hombres; y en lo amarilló y flaco, simiente de los Padres del Yermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios, por habernos rescatado de la cautividad fierísima de Cabra, y rogábamos al Señor, que ningun Christiano cayese en sus crueles manos. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel dia. Soliamos contar á Don Alonso, como al sentarse á la mesa nos decia males de la gula (no habiéndola él conocido en toda su vida) y reia-se mucho, quando le contábamos, que en el Mandamiento de no matarás, metia perdices y capones, y todas las cosas que no queria darnos; y por el consiguiente, al hambre, pues pa-

recia tenia por pecado , no solo el matarla , sino el criarla , segun recetaba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto , y al cabo trató Don Alonso de enviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de Gramática. Díxome á mí si queria ir , y yo , que no deseaba otra cosa , sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos , ofrecí de servir á su hijo , como veria. Y con esto dióle un criado para mayordomo , que le gobernase la casa , y le tuviese cuenta del dinero del gasto qu nos daba , remitiendo en cédulas , para un hombre que se llamaba Julian Merluza. Pusimos el ato en el carro de un Diego Monge ; era media camita , y otra de cordeles con ruedas , para meterla debaxo de la otra mia , y del mayordomo , que se llamaba Aranda: cinco colchones , y ocho sábanas ; ocho almohadas , quatro tapices , un cofre con ropa blanca , y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche , salimos á la tardecita , antes de anoche- cer una hora , y llegamos á la media noche á la siempre maldita Venta de Vive-
ros;

ros; el Ventero era morisco, y ladrón, (y en mi vida ví perro y gato juntos con la paz que aquel día:) hízonos gran fiesta; y como él, y los ministros del carretero iban horros (que ya habian llegado tambien con el ato antes, porque nosotros veniamos de espacio) pegóse al coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y díxome, ¿si iba á estudiar? yo le respondí, que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes, con unas mugercillas, y un Cura rezando al olor; un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar; y dos Estudiantes fregones de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como mas nuevo en Venta, y muchacho, dixo: Señor huesped, deme de lo que hubiere para mí, y dos criados. Todos lo somos de Vm. dixeron al punto los rufianes, y le hemos de servir: ola, huesped, mirad que este Caballero os agradecerá lo que hiciéredes: vaciad la despensa; y diciendo esto, llegóse uno, y quitóle la capa, diciendo: descanse Vm. mi Señor, y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido, y hecho dueño de la Ven-

ta:

ta: dixo una de las ninfas: qué buen talle de Caballero, ¿y va á estudiar? ¿Es Vm. su criado? yo respondí, creyendo que era así como lo decian; que yo, y el otro lo eramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dixe, quando uno de los Estudiantes se llegó á él medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dixo: oh mi Señor Don Diego, ¿quién me dixerá á mí ahora diez años, que habia de ver á Vm. de esta manera? ¡Desdichado de mí, que estoy tal, que no me conocerá Vm.! El se quedó admirado, y yo también, que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á Don Diego á la cara, y dixo á su amigo: ¿es este Señor de cuyo padre me dixistes vos tantas cosas? ¡gran dicha ha sido nuestra encontrarle, y conocerle, segun está de grande! Dios le guarde, y empezó á santiguarse (¡quién no creyera que se habia criado con nosotros)! Don Diego se le ofreció mucho, y preguntando su nombre, salió el Ventero, y puso los manteles, y oliendo la estafa, dixo: dexen eso, que despues de cenar se hablará, que se enfria.

fria. Llegó un rufian, y puso asientos para todos, y una silla para Don Diego, y el otro traxo un plato. Los Estudiantes dixeron: cene Vm. que entretanto que á nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa. Jesus, dixo Don Diego: Vms. se sienten, si son servidos; y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos): luego, mi Señor, que aun no está todo á punto. Yo, quando vi á los unos convidados, y á los otros que se convidaban, afligime, y temí lo que sucedió; porque los Estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo, dixeron: no es razon que donde está un Caballero tan principal, se queden estas Damas por comer. Mande Vm. que alcancen un bocado. El haciendo de galan, convidólas; sentáronse, y entre los dos Estudiantes, y ellas, no dexaron en quatro bocados sino un cogollo, el qual se comió Don Diego; y al dársele aquel maldito Estudiante, le dixo: un abuelo tuvo Vm. tio de mi padre, que en viendo lechuga se desmayaba: ¡qué hombre era tan cabal! Y diciendo esto se puso un

panecillo , y el otro otro : pues las niñas ya daban cuenta de un pan, y el que mas comia era el Cura, con el mirar solo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado , dos lonjas de tocino , y un par de palóminos cocidos , y dixeron: ¿pues padre ahí se está? llegue, y alcance, que mi Señor Don Diego nos hace merced á todos. No bien se lo dixeron, quando se sentó; y quando vió mi amo que todos se le habian encaxado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al Don Diego dieron no sé qué hueso , y alones; lo demás engulleron el Cura y los otros. Decian los rufianes: no cene mucho, Señor, que le hará mal; y replicaba el maldito Estudiante : y mas que es menester hacerse á comer poco, para la vida de Alcalá. Yo, y el otro criado estábamos rogando á Dios , que les pusiese en el corazon , que dexasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el Cura repasaba los huesos de los otros, volvió el rufian , y dixo : ¡oh pecador de mi! no habemos dexado nada para los criados. Vengan aqui Vms. A seor huesped , déles todo lo que hubiere: véaqui un doblon.

Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar) y dixo: aunque Vm. me perdone, Señor hidalgo, debe saber poco de cortesía; ¿conoce por dicha á mi Señor primo? El dará á sus criados, y aun á los nuestros, si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros. No se enoje Vm. que no le conocia. Maldiciones le eché quando ví tan gran disimulacion, que no pensé acabar. Levantaron las mesas, y todos dixeron á Don Diego que se acostase: él queria pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habria lugar. Estuviéronse un rato hablando, y preguntóle su nombre al Estudiante, y dixo que se llamaba Don Carlos. En malos infiernos arda el embustero, en donde quiera que esté. Vió que dormia el avariento, y dixo: ¿Vm. quiere reir? pues hagamos alguna burla á este viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo. Los rufianes dixeron: bien haya el licenciado, hágalo, que es razon. Con esto se llegó, y sacó al pobre viejo, que dormia, debaxo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una

caxa , y como si fuera de guerra , hizo gente. Llegáronse todos , y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas quantas habia , y en su lugar puso piedras, palos , y lo que halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones; cerró la caxa , y dixo : Pues aun no basta, que bota tiene; sacóle el vino , y defendando una almohada de nuestro coche , despues de haber echado un poco de vino debaxo , se la llenó de lana , y estopa, y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora, ó media que quedaba, y el estudiante lo puso todo en las alforjas , y en la capilla del gaban echó una gran piedra , y fuese á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos , y el viejo todavia dormia : llamáronle ; y al levantarse no podia levantar la capilla del gaban : miró lo que era , y el Ventero adrede le riñó , diciendo : Cuerpo de Dios, no halló otra cosa que llevarse , Padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece á Vms. si yo no le hubiera visto? Cosa que estimo en mas de cien ducados , porque es contra-

tra el dolor de estómago. Juraba, y perjuraba, diciendo: que él no habia metido tal en la capilla. Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganos la suma. Decian los Estudiantes: ¡Cómò hemos de servir á Vm. en Alcalá! Quedamos ajustados en el gasto: Almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas, y porque no viésemos lo que sacaba, y no partir con nadie, desatólas á escuras, debaxo del gaban, y agarrando un yeson untado, echóselo en la boca, y fue á hincarle una muela, y medio diente que tenia, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir, y hacer gestos de asco y de dolor. Llegamos todos á él, y el Cura el primero, diciéndole, ¿que qué tenia? Comenzóse á ofrecer á Satanás, dexó caer las alforjas; llegóse á él el Estudiante, y dixo: Arredro vayas Satán: cata la Cruz. Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dixo lo que era, y pidió le dexasen enjugar la boca con un poco de vino, que él traía en la bota. Dexáronle, y sacándola, abrióla, y abocando en un

vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado, y belloso, que no se podia beber, ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo; pero viendo las descompuertas carcajadas de risa, tuvo por bien de callar, y subir en el carro con los rufianes, y mugeres. Los Estudiantes y el Cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche; y aun no bien habia comenzado á caminar, quando los unos, y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decia: Señor nuevo, á pocas estrenas como esta envejecerá. El Cura decia: Sacerdote soy, allá se lo diré de Misas. Y el Estudiante maldito voceaba: Señor primo, otra vez rásquese quando le coma, y no despues. El otro decia: Sarna dé á Vm. Señor Don Diego. Nosotros dimos en no hacer caso, Dios sabe quan corridos ibamos. Con estas y otras cosas llegamos á la Villa, apeámonos en un meson, y en todo el dia (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

CAPITULO V.

De la entrada en Alcalá, patente, y bur-las que me hicieron por nuevo.

Antes que anocheciese salimos del meson á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera de la puerta de Santiago, patio de Estudiantes, donde hay muchos juntos; aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no mas. Era el dueño y huesped de los que creen en Dios por cortesía ó sobre falso: Moriscos los llaman en el Pueblo; que aun hay muy grande cosecha de esta gente, y de la que tiene sobradas narices, y solo les faltan para oler tocino: digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibíome, pues, el huesped con peor cara que si yo fuera Cura, y le pidiera la cédula de confesion; ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo de ellos; que no es mucho tenga mala condicion quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro ható, acomoda-

mos las camas y lo demas, y dormimos aquella noche. Amaneció, y helos aquí en camisa á todos los Estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. El, que no sabia lo que era, preguntóme, ¿qué querian? Y yo, entretanto, por lo que podia suceder, me acomodé entre dos colchones, y solo tenia la media cabeza fuera, que parecia tortuga: Pidieron dos docenas de reales, diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo; diciendo: viva el compañero, y sea admitido á nuestra amistad: Goce de las preeminencias de antiguo: pueda tener sarna, andar manchado, y padecer el hambre que todos. Y con esto (mire Vm. qué privilegios)! volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros, y tomamos el camino para Escuelas. A mi amo apadrináronle unos Colegiales, conocidos de su padre, y entró en su general; pero yo, que habia de entrar en otro diferente, y fuí solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pie, quando me encararon y empezaron á decir nuevo. Yo, por disimular, dí en reir como que no hacia caso, mas no

bas-

bastó, porque llegándose á mí ocho, ó nueve, comenzaron á reirse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado, sus manos en las narices, y apartándose, dixo: Por resucitar está este Lázaro, según hiede. Y con esto todos se apartaron, tapándose las narices: Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos, y dixe: Vuestas mercedes tienen razon, que huele muy mal: Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar, y tocar al arma, y en las toses, y abrir y cerrar de las bocas, ví que se aparejaban gargajos. En esto un Manchegazo acatarado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: Esto hago. Yo entonces, que me ví perdido, dixe: juro á Dios que me la... iba á decirlo; pero fue tal la batería, y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razon. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda, como tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto, y que no tenía

en

en la cara cosa, arrancó ácia mi, diciendo con gran cólera: Basta, no le mateis. Yo, que segun me trataban, creí de ellos que lo harian, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces, me clavó un gargajo entre los dos ojos. Aqui se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grita, que me aturdieron: y yo, segun lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de Médicos y Boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no habia donde, sin llevarse en las manos la mitad del aceyte de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dexáronme: iba hecho aljufayna de viejo á pura saliva: Fuime á casa, que apenas acerté á entrar en ella; y fue ventura ser de mañana, porque solo topé dos ó tres muchachos (que debian ser bien inclinados) porque no me tiraron mas de quatro ó seis trapazos, y luego se fueron. Entré en casa, y el Morisco que me vió comenzó á irse, y hacer como que queria escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dixé: tened huesped; que no soy *Ecce*

Homo. Nunca lo dixera , porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenia. Con esta ayuda de costa , medio baldado subí arriba , y en buscar por donde asir la sotana , y el manteo se pasó mucho rato. Al fin le quité , y me eché en la cama , y colgué en una azotea. Vino mi amo , y como me halló durmiendo , y no sabia la asquerosa aventura , enojóse , y comenzóme á dar repelones con tanta priesa , que á dos mas me despierta calvo. Levantéme dando voces , y quejándome , y él con mas cólera dixo : ¿Es buen modo de servir este , Pablos? Ya es otra vida. Yo quando oí decir otra vida , entendí que era ya muerto , y dixe : Bien me anima vuesa merced en mis trabajos , vea qual está aquella sotana y manteo que han servido de pañuelos á las mayores narices que se han visto jamás en Paso de Semana Santa ; y con esto empecé á llorar : él viendo mi llanto , creyólo , y buscando la sotana , y viéndola , compadecióse de mí , y dixo : Pablo , abre el ojo , que asan carne ; mira por tí , que aquí no tienes otro padre , ni madre. Con-
té-

téle todo lo que habia pasado, y mandóme desnudar, y llevar á mi aposento, que era donde dormian quatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme, y dormi, y con esto á la noche, despues de haber comido, y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí; pero quando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y como estaba en la cama? Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar, diciendo: No se hiciera entre Luteranos: ¡ay tal maldad! Otro decia: el Rector tiene la culpa en no poner remedio: Conocerá los que eran? Yo respondí, que no, y agradeciles la merced que mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormime yo, que me parecia estaba con mi padre, y mis hermanos. Debian de ser las doce, quando el uno de ellos, me despertó á puros gritos, diciendo: ay que me matan!

Ladrones. Sonaban en su cama unas voces, y golpes de látigo: yo levanté la cabeza, y dixé: ¿Qué es eso? Y apenas me descubri, quando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas: Comencé á quejarme, quiseme levantar; quejabase el otro tambien, y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: ¡Justicia de Dios! pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abaxo) remedio, sino el de meterme debaxo de la cama: hícelo así, y al punto los otros que dormian empezaron á dar gritos tambien; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entretanto aquel maldito, que estaba junto á mí, pasó á mi cama, y proveyó en ella, y cubrióla, y pasándose á la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos quatro, diciendo: Es gran bellaqueria, y no ha de pasar así. Yo todavía me estaba debaxo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecia un galgo con un calambre. Hicieron los otros

que

que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subime á mi cama preguntando, si acaso les habian hecho mal? Todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, quando desperté me hallé sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme, no habia diablos que me moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo, y la turbacion sin sentirlo habia hecho aquella vileza, ó si entre sueños: Al fin, yo me hallaba inocente y culpado, y no sabia disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose, y muy disimulados, á preguntarme como estaba; y yo les dixe, que muy malo, porque me habian dado muchos azotes. Preguntábales yo, qué podia haber sido; y ellos decian, á fe que no se escape, que el Matemático nos lo dirá; pero dexando esto veamos si estais herido, que os quejábades mucho; y diciendo esto, fueron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: ¿Es posible, Pablos,

blos, que no he de poder contigo? Son las ocho, y estás en la cama? Levántate enhoramala. Los otros por esegurarme, contaron á D. Diego el caso todo, y pidieronle que me dexasen dormir; y decia uno, si Vm. no lo cree, levante conmigo, y agarraba de la ropa: Yo la tenia asida de los dientes por no mostrar la caca. Y quando ellos vieron que no habia remedio por aquel camino, dixo uno: ¡Cuerpo de tal, y como hiede! Don Diego dixo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos á mirar si habia en el aposento algun servicio, decian que no podia estar alli. Dixo uno: Pues es muy bueno eso para haber de estudiar. Miraron las camas, y quitáronlas para ver debaxo, y dixeron: Sin duda debaxo de la de Pablos hay algo, pasémosle á alguna de las nuestras, y miremos debaxo de ella. Yo que veia poco remedio en el negocio, y que me iban á echar la garra, fingí que me habia dado mal de corazon: agarréme á los palos, hice visages. Ellos, que sabian el misterio, apretaron conmigo, diciendo, ¡gran lástima! D. Diego me

to-

tomó el dedo del corazón; y al fin, entre los cinco me levantaron, y al alzar las sábanas, fue tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento. ¡Pobre de él! decían los grandísimos bellacos; yo hacia el desmayado. Tirele Vm. mucho de ese dedo del corazón; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían: El pobrecito ahora sin duda se ensució cuando le dió el mal. ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí! Lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro que me diesen garrote. Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos) hice que habia vuelto, y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dexáronme, diciendo: ¡Jesus y que floxo sois! Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: mas va en vuestra salud, que en haberós ensuciado, callad. Y con esto me pusieron en la

la

la cama despues de haberme lavado, y se fueron. Yo no hacia á solas sino considerar, como casi era lo mas que habia pasado en Alcalá en un dia, que todo lo que me sucedió con Cabra. A medio dia me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa, y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa, y yo, aunque poco, y de mala gana, y despues juntándonos todos á hablar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Rieronla todos: doblóseme mi afrenta, y dixé entre mí: Avison, Pablos, a esta. Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa, como hermanos, y en las Escuelas, y patios nadie me inquietó mas.

CAPITULO VI.

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

Haz como vieres, dice el refran, y dice bien; de puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos; y mas si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro á Vmd. que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y á los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor garbo que ví en mi vida: yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dixé á uno: vaya, y vea quien gruñe en nuestra casa; fue, y dixo que dos marranos. Yo que lo oí, me enojé tanto, que salí allá, diciendo, que era mucha bellaqueria, y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto envasábale á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos:

y porque no se oyese el ruido que hacian, todos á la par dábamos grandísimos gritos, como que cantábamos; y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á pueros gergones, los medio chamuscamos en el corral. De suerte que quando vinieron los amos, ya estaba hecho, aunque mal, si no era los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad, por no detenernos, les habiamos dexado la mitad de lo que ellos se tenían dentro. Supo, pues, D. Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podian valer) á volver por mí. Preguntábame Don Diego, ¿qué habia de decir, si me acusaban, y me prendia la Justicia? A lo qual respondí yo, que me llamaria hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese, diria: Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí, que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dixo Don Diego: á fé, Pablos, que os haceis á las armas. Era

de notar ver á mi amo tan quieto, y religioso, y á mí tan travieso, que el uno exágeraba al otro, ó la virtud, ó el vicio. No cabia el ama de contento, porque eramos los dos al mohino: habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de mas á menos, y la vez que podia echar cabra ó oveja, no echaba carnero. Y si habia huesos, no entraba cosa magra; y así, hacia unas ollas tísicas de puro flacas: unos caldos que á estar quaxados, se podian hacer sartas de cristal de las Pasquas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solia echar unos cabos de velas de sebo. Ella decia (quando yo estaba delante) á mi amo: Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvale Vm. que bien se le puede sufrir el ser travieso, por la fidelidad. Lo mejor de la Plaza trae: Yo por el consiguiente decia de ella lo mismo, y así teniamos engañada la casa. Si se compraba aceyte

de

de junto, carbon ó tocino, escondiamos la mitad, y quando nos parecia, deciamos el ama, y yo: Modérense Vmds. en el gasto, que en verdad si se dan tanta priesa no baste la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceyte ó el carbon; pero tal priesa se han dado. Mande Vmd. comprar mas, á fé que se ha de lucir de otra manera: Denle dineros á Pablicos. Dábamelos, y vendiámosles la mitad sisada, y de lo que comprábamos la otra mitad, y esto era en todo. Y si alguna vez compraba algo en la Plaza por lo que valia, reñiamos adrede el ama y yo. Ella decia (como enojada) nõ me digas á mí, Pablicos, que estos son dos quartos de ensalada. Yo hacia que lloraba: daba muchas voces, íbame á quejar á mi Señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabialo, y con esto asegurábamos al amo, y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el ama al zelo de su bien. Decíale Don Diego, muy satisfecho de mí: Así fuese Pablicos aplicado á virtud, como es de fiar. Tuvimoslos de es-

ta manera chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que vuesa merced se espanta de la suma del dinero al cabo del año: Ello mucho debió de ser, pero no obligaba á restitucion; porque el ama confesaba de ocho á ocho dias, y nunca le ví rastro, ni imaginacion de volver nada, ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa! Traia un Rosario al cuello siempre, tan grande, que era mas barato llevar un haz de leña acuestas: de él colgaban muchos manojos de Imágenes, Cruces y Cuentas de perdones: En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores: Contaba ciento y tantos Santos abogados suyos; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba: Acostábase en un aposento encima de mi amo, y rezaba mas oraciones que un ciego: Entraba por el justo Juez, y acababa con el conqubules (que ella decia) y en la Salve rehila. Decia las oraciones en latin adrede, por fingirse inocente; de suerte, que nos despedazábamos de risa todos. Tenia otras habilidades; era conqueridora de voluntades, y corchete de gustos, que

que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venia de casta, como al Rey de Francia curar de lamparones. Pensará Vmd. que siempre estuvimos en paz: ¿Pues quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si estan juntos, se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió, que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenia gana de comerla una; tenia doce ó trece pollos grandecitos; y un dia estando dándoles de comer, comenzó á decir: Pio, pio, y esto muchas veces: Yo, que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dixé: O cuerpo de tal, ama, no hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dexarlo de decir: Mal aventurado de mí, y de vos. Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turvóse algun tanto, y dixo: Pues Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas no me aflijas mas. Como burlas, peseatal, yo no puedo dexar de dar parte á la Inquisicion, porque si no estaré descomulgado. Inquisicion

(dixo ella) y empezó á temblar ; ¿ pues yo he hecho algo contra la Fé? Eso es lo peor , decia yo , no os burleis con los Inquisidores decid que fuisteis una boba , y que os desdecís , y no negueis la blasfemia y desacato. Ella , con el miedo , dixo : Pues Pablos , si me desdigo , castigaránme? Respondile : No , porque solo os absolverán. Pues yome desdigo , dixo ; pero dime tú de qué , que no lo sé yo , así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. ¿ Es posible que no advertís en qué? No sé cómo me lo diga , que el desacato es tal , que me acobarda. ¿ No os acordais que dixisteis á los pollos pio , pio , y es Pio nombre de los Papas , Vicarios de Dios , y Cabezas de la Iglesia? papaos ese pecadillo. Ella quedó como muerta , y dixo : Pablos , yo lo dixé ; pero no me perdone Dios si fue con malicia : Yo me desdigo , mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme , que me moriré si me veo en la Inquisicion. Como vos jureis en una Ara Consagrada , que no tuvisteis malicia , yo asegurado podré dexar de acusaros ; pero será necesario , que esos dos pollos que

co-

comieron, llamándoles con el santísimo nombre de los Pontífices, me los deis, para que yo los lleve á un Familiar que los queme, porque estan dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dixo: pues llévatelos, Pablos, ahora, que mañana juraré. Yo por mas asegurarla, dixe: lo peor es, Cipriana (que así se llamaba) que yo voy á riesgo, porque me dirá el Familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vexacion, llevadlos vos, que yo pardiez que temo: Pablos (decia quando me oyó esto) por amor de Dios que te duelas de mí, y los llesves, que á tí no te puede suceder nada. Dexéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: Mejor se ha hecho que yo pensaba: queria el Familiarcito venirse tras mí á ver la muger; pero lindamente le he engañado y negociado. Dióme mil abrazos, y otro pollo para mí, y yo fuime con él adonde habia dexado sus compañeros, y hice hacer en casa de un Pas-

teleron una cazuela , y comímelos con los demas criados. Supo el ama, y Don Diego la maraña , y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me ví ya mal con el ama , y que no la podia burlar , busqué nuevas trazas de holgarme , y dí en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas ; porque yendo una noche á las nueve (que ya andaba poca gente) por la calle Mayor, ví una confiteria , y en ella un cofin de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle , dí á correr : el confitero dió tras mí, y otros criados, y vecinos: yo, como ya iba cargado , ví que aunque les llevaba ventaja, me habian de alcanzar, y al volver á una esquina, sentéme sobre él, y envolví la capa á la pierna de presto; y empecé á decir con la pierna en la mano: Ay! Dios se lo perdone , que me ha pisado. Oyéronme esto , y llegando , empecé á decir, por tan alta Señora , y lo ordinario de la hora menguada , y ayre cor-

corrupto: Ellos se venian desgañifando, y dixéronme: ¿Vá por ahí un hombre, hermano? Ahí adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor. Arrancaron con esto, y fuéronse, quedé solo, llevéme el cofin á casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo qual los convidé para otra noche á verme correr caxas. Vinieron, y advirtiéndolos que estaban las caxas dentro la tienda, y que no las podia tomar con la mano, tuvieronlo por imposible, y mas por estar el Confitero, por lo que le sucedió al otro de las pasas, alerta. Vine, pues, y metiendo, doce pasos atras de la tienda, mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dixé: Muera, y tiré una estocada por delante el Confitero; dexóse caer pidiendo confesion, y yo dí la estocada en una caxa, y la pasé, y saqué en la espada, y me fuí con ella. Admiráronse de ver la traza, muriéndose de risa de que el Confitero decia, que le mirasen, que sin duda le habia herido, y que era un hombre con quien habia tenido palabras: Pe-

ro volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja, las que estaban al rededor, echó de ver la burla, y empezó á santiguarse, que no pensó acabar; confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decian los compañeros, que yo solo podia sustentar la casa con lo que corria, que es lo mismo que hurtar en nombre rebozado: Yo como era muchacho, y veia que me alababan el ingenio con que salia de estas travesuras, animábame para hacer otras mas. Cada dia traia la pretina de jarras de Monjas, que las pedia para beber, y me venia con ellas, introduxe que no diesen nada sin prenda primero. Y así prometí á Don Diego, y á todos los compañeros, de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál habia de ser, y fuimos juntos, yo delante, y al columbrar la Justicia, me llegué con otros de los criados de casa, muy alborotado, y dixé: Justicia? Respondieron, sí. Es el Corregidor? Dixeron, que sí; hinquéme de rodillas, y dixé: Señor, en sus manos de Vuesa merced está mi remedio, y mi venganza, y mucho provecho de la República;

mande Vmd. oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prision. Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas, y los Alguaciles poniendo mano á las varetas, y díxele: Señor yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres, los mas facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre, y á un hermano mio por robarlos, y le está probado esto, y vienen acompañando, segun les he oido decir, á una espía Francesa; y aun sospecho, por lo que les he oido, que es (y baxando mas la voz, dixé) de Antonio Perez. Con esto el Corregidor dió un salto ácia arriba, y dixo: ¿Adónde estan? Señor, en la casa pública, no se detenga Vmd. que las ánimas de mi madre, y hermano se lo pagarán en oraciones, y el Rey. Decia, Jesus, no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dixé (tornándole á apartar): Señor, perderse ha si Vmd. hace eso, antes importa que todos entren sin espadas, y uno á uno, que ellos estan en los aposentos, y traen pistoletes; y en viendo entrar

con

con espadas, como no las puede traer sino la Justicia, dispararán: Con dagas es mejor, y cogerlos por detras los brazos, que demasiados vamos. Quadróle al Corregidor la traza, con la codicia de la prision. En esto llegamos cerca, y el Corregidor advertido, mandó, que debaxo de unas yervas pusiesen todas las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa. Pusieronlas, y caminaron: Yo que habia avisado al otro, que ellos dexarlas, y él tomarlas, y pescarse á casa, fuese todo uno: Hízolo así, y al entrar todos, quedéme atras el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, dí cantonada, y envoquéme por una callejuela que vá á dar á la Victoria, que no me alcanzára un galgo: ellos que entraron, y no vieron nada, porque no habia sino Estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron á buscarme, y no me hallando, sospecharon lo que fué; yendo á buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el Rector el Corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las

las camas. Llegaron á casa, y yo porque no me conociesen, estaba lechado á la cama con un tocador, y con una vela en la mano, y un Christo en la otra, y un compañero Clérigo ayudándome á morir, los demas rezando las Letanias. Llegó el Rector, y la Justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el Rector me dixo un Responso. Preguntó si estaba ya sin habla? Y dixéronle que sí; y con tanto se fueron desesperados de no hallar rastro, jurando el Rector de remitirle si le topasen, y el Corregidor de ahorcarle, aunque fuese hijo de un Grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá; y por no ser largo, dexo de contar como hacia monte la Plaza del Pueblo, pues de caxones de Tundidores y Plateros, y mesas de fruterías (que nunca se me olvidará la afrenta de quando fuí Rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenia sobre los haberes, viñas y huertos en todo aque-

aquello de alrededor. Con estas y otras cosas, comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los Caballeros, y apenas me dexaban servir á Don Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razon, por el mucho amor que me tenia.

CAPITULO VII.

De la ida de Don Diego, y nuevas de la muerte de mis Padres; y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo vino á Don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venia otro de un tio mio, llamado Alonso Ramplon, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia, por lo que era allegado á la Justicia; pues quantas allí se habian hecho de quatro años á esta parte, han pasado por sus manos: Verdugo era, si vá á decir la verdad, pero un águila en el oficio: Vésele hacer, daba gana de dexarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta á Alcalá desde Segovia, en esta forma.

CAR-

CARTA.

Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenia me llamaba asi) las ocupaciones grandes de esta plaza, en que me tiene ocupado su Magestad, no me han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene malo el servir al Rey, es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto: Vuestro padre murió ocho dias ha, con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo: Dígolo, como quien le guindó: Subió en el asno, sin poner pie en el estribo: Ventále el sayo vaquero, que parecia haberse hecho para él; y como tenia aquella presencia, nadie le veía con los Christos delante, que no le juzgase por ahorcado: Iba con gran desenfado mirando á las ventanas, y haciendo cortesias á los que dexaban sus oficios por mirarle: Hízose dos veces los bigotes: Mandaba descansar á los Confesores, é íbales alabando lo que decian bueno: Llegó á la de palo, puso un pie en la escalera: no subió á gatas, ni despacio; y vien-

do un escalon hendido, volvióse á la Justicia, y dixo: Que mandase aderezar aquel para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer quan bien pareció á todos. Sentóse arriba, y tiró las arrugas de la ropa atrás. Tomó la sogá, y púsola en la nuez; y viendo que el Teatino le queria predicar, vuelto á él, le dixo: Padre, yo le doy por predicado, y vaya un poco de Credo: acabemos presto, que no querria parecer prolijo: Hízose asi, encomendóme que le pusiese la caperuza de lado, y que le limpiase las babas; yo lo hice asi: Cayó sin encoger las piernas, ni hacer gestos. Quedó con gravedad, que no habia mas que pedir: hícele quartos, y díle por sepultura los caminos. Dios sabe lo que á mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleiros de esta tierra nos consolarán, acomodándole en los de á quatro. De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo, que está presa en la Inquisicion de Toledo, porque desenteraba los muertos sin ser mormuradora. Dícese, que daba paz cada noche á un carbon,

bron, en el ojo que no tenia niña. Halláronla en su casa mas piernas, brazos, y cabezas, que en una Capilla de milagros; y lo menos que hacia, sobre virgos, y contrabacer doncellas. Dicen que representaba en un Auto el dia de la Trinidad, con quatrocientos de muerte: Pésame, que nos deshonra á todos, y á mí principalmente, que al fin soy Ministro del Rey, y me están mal estos parentescos. Hijo, aqui ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros Padres, será en todo hasta quatrocientos ducados: Vuestro tío soy, lo que tengo ha de ser para vos: Vista esta os podreis venir aqui, que con lo que vos sabeis de latin, y retórica, sereis singular en el arte de Verdugo. Responedme luego; y entretanto Dios os guarde. Segovia, &c.

No puedo negar, que sentí mucho la nueva afrenta; pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuíme corriendo á Don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que la manda que se fuese, y no me llevase en compa-

ña, movido de las travesuras mias, que habia oido decir. Dixome, como se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre; que á él le pesaba de dexarme, y á mí mas. Dixome, que me acomodaria con otro Caballero amigo suyo, para que le sirviese. Yo en esto, riendome, le dixi: Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos: mas alto pico, y mas autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenia, como cada qual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre: Declaréle como habia muerto tan honradamente, como el mas estirado: Como le trincharon, é hicieron moneda; y como me habia escrito mi señor tio el Verdugo de esto, y de la prisioncilla de mama; que á él, como quien sabia quien yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer? Dile cuenta de mis determinaciones, y con esto al otro dia él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso, no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia, con intencion

ción de cobrar mi hacienda , y conocer mis parientes para huir de ellos.

CAPITULO VIII.

Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rexas, donde dormí aquella noche.

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que halló haber pasado: Dios sabe lo que sentí el dexar tantos amigos, y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía de secreto para el camino, y con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula, y salíme de la posada, adonde no tenía que sacar mas que mi sombrero. Quién contará las angustias del zapatero, por lo fiado? Las solicitudes del ama, por el salario? Las voces del huésped, por el arrendamiento de la casa? Uno decía, siempre me lo dixo el corazón. Otro, bien me lo decían á mí, que este era gran embustero, y trampista. Al fin, yo salí tan bien quisto del Pueblo, que dexé con mi ausencia á la mitad de él llorando, y á la otra mitad riéndose de

los que lloraban: Iba me entreteniendo por el camino, considerando en estas cosas, quando pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el qual iba hablando entre sí con muy gran priesa, y tan embebecido, que aun estando á su lado no me veía: Saludéle, y saludóme; preguntéle donde iba; y despues que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si baxaba el Turco, y de las fuerzas del Rey. Comenzó á decir de qué manera se podia ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaria Argel; en los quales discursos eché de ver que era loco repúblico, y de gobierno. Proseguimos en la conversacion, propia de pícaros, y venimos á dar de una cosa en otra en Flandes: Aqui fue ello, que empezó á suspirar, y decir: Mas me cuestan á mí estos estados, que al Rey, porque ha catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado. Qué cosa puede ser (le dixé) que conviniendo tanto, sea imposible, y no se puede hacer? Quién dice á Vmd. (dixo luego) que no se puede hacer? Hacer se puede, que

que ser imposible es otra cosa; y si no fuera por dar pesadumbre á Vmd. le contará lo que es ; pero allá se verá , que ahora lo pienso imprimir con otros trabajillos , entre los quales le doy al Rey modo de ganar á Ostende , por dos caminos: Roguéle que los dixese , y sacandole de las faltriquetas , me mostró pintado el fuerte del enemigo , y el nuestro , y dixo: Bien vé Vmd. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas , y quitarle de allí. Dí yo, con este desatino , una gran risada , y él mirándome á la cara , me dixo: A nadie se lo he dicho , que no haya hecho otro tanto , que á todos les dá gran contento. Eso tengo yo por cierto (le dixese) de oír cosa tan nueva , y tan bien fundada: Pero advierta Vmd. que ya que chupe el agua que hubiere entónces , tornará luego la mar á echar mas. No hará la mar tal cosa , que lo tengo yo eso por muy apurado (me respondió) fuera de que yo tengo pensada una invencion , para hundir la mar por aquella parte doce estados. No le osé replicar , de miedo que no me

dixese tenia arbitrio para tirar el Cielo acá abaxo. No ví en mi vida tan grande orate: Decíame que Juanelo no habia hecho nada, que él trazaba ahora de subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera mas facil. Y sabido lo que era, dixo, que por ensalmo. Mire Vmd. quien tal oyó en el mundo! Y al cabo me dixo: Y no lo pienso poner en execucion, si primero el Rey no me dá una Encomienda, que la puedo tener muy bien, y tengo una Executoria, muy honrada. Con estas pláticas, y desconciertos llegamos á Torrejon, donde se quedó, que venia á ver una parienta suya: Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo. Quando Dios, y enhorabuena, desde lejos ví una mula suelta, y un hombre á pie junto á ella, que mirando un libro hacia unas rayas, que media con un compás. Daba vueltas, y saltos á un lado, y á otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacia mis cosas saltando. Yo confieso, que entendí por gran rato (que me paré desde lejos á verlo) que era encantador: y casi no me determinaba á pasar.

Al fin me determiné , y llegando cerca, sintiome. Cerró el libro: y al poner el pie en el estrivo , resvalóse , y cayó. Levantéle , y díxome: No tomé bien el medio de proporcion para hacer la circunferencia al subir. Yo no entendí lo que me dixo , y luego temí lo que era , porque mas desatinado hombre no ha nacido de las mugeres: Preguntóme si iba á Madrid por linea recta , ó si iba por camino circunflexo. Y yo, aunque no lo entendí, le dixé: que circunflexo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado: Respondíle, que mia; y mirándola, dixo: Esos gabilanes habian de ser mas largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas; y empezó á meter una parola tan grande , que me forzó á preguntarle , qué materia profesaba. Dixome , que él era diestro verdadero, y que lo haria bueno en qualquiera parte. Yo, movido á risa , le dixé : Pues en verdad que por lo que yo ví hacer á Vmd. en el campo, que mas le tenia por encantador viendo los círculos: Eso (me dixo) era , que se me ofreció una treta por el quarto círculo con el compás mayor cauti-

tivando la espada para matar sin confesion al contrario , porque no diga quien lo hizo ; y estaba poniendo en términos de Matemática. Es posible (le dixé yo) qué hay Matemática en eso ? Dixo : No solamente Matemática, mas Teología, Filosofía , Música , y Medicina : Esa postrera no lo dudo ; pues se trata de matar en esa arte. No os burleis (dixo) que ahora aprendeis la limpiadera contra la espada , haciendo los tajos mayores, que comprehendan en sí las espirales de la espada. No entiendo cosa de quantas me decis , chica , ni grande. Pues este libro las dice (me respondió) que se llama Grandezas de la espada ; y es muy bueno, y dice milagros. Y para que lo creais, en Rexas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me vereis hacer maravillas; y no dudeis, que qualquiera que leyere en este libro , matará á todos los que quisiere. O ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso (dixé yo) algun Doctor. Cómo Doctor? Bien lo entiende (me dixo) es un gran Sábio, y aun estoy por decir mas. En estas pláticas llegamos á Rexas , apeamonos en una

una posada ; y al apearnos me advirtió con grandes voces, que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, que reduciendo as á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huesped me vió reir, y se riyó. Pregnutóme si era indio aquel Caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huesped , y dixole : Señor, deme Vmd. dos asadores para dos, ó tres ángulos , que al momento se los volveré. Jesus! (dixo el huesped) deme acá Vmd. los ángulos, que mi muger los asará, aunque aves son que no las he oído nombrar. Que no son aves (dixo volviéndose á mí) mire Vmd. lo que es no saber ! Deme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir , que quizá le valdrá mas lo que me viere hacer hoy , que todo lo que ha ganado en su vida. En fin los asadores estaban ocupados , y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto , y decia : Con este compás alcanzo mas, y gano los grados del perfil: ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar al natural : esta habia de ser

cuchillada , y este tajo. No llegaba á mí desde una legua , y andaba al rededor con el cucharon; y como yo me estaba quedo, parecian tretas contra olla que se sale estando al fuego. Dixome : al fin esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos Maestros de esgrima , que no saben sino beber. No lo habia acabado de decir, quando de un aposento salió un mulatazo , mostrando las presas, como sombrero engerto en guardasol , y un coletto de ante, baxo de una ropilla suelta, y llena de cintas , zambo de piernas, á lo Aguila Imperial ; la cara con un persignum Crucis de inimicis suis, la barba de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con mas rexa que un locutorio de Monjas ; y mirando al suelo, dixo: Yo soy exâminado, y traigo la carta; y por el Sol que calienta los panes , que haga pedazos á quien tratare mal á tanto buen hijo como profesa la destreza. Yo , que ví la ocasion , metíme en medio , y dixi: Que no hablaba con él, y que asi no tenia de que picarse. Meta mano á la blanca, si la trae, y apuremos qual es verdadera destreza, y dé-

xe-

exes de cucharones. El pobre de mi compañero abrió el libro, y dixo en altas voces : Este libro lo dice , y está impreso con licencia del Rey: y yo sustentaré que es verdad lo que dice , con el cucharon, y sin el cucharon, aqui, y en otra parte: Y sino midámoslo , y sacó el compás, y comenzó á decir: Este ángulo es obtuso. Y entonces el Maestro sacó la daga , y dixo: Yo no sé quien es ángulo, ni en mi vida oí decir tales nombres; pero con esta en la mano le haré pedazos. Acometió al pobre diablo, el qual empezó á huir, dando saltos por la casa , diciendo: No me puede herir , que le he ganado los grados del perfil. Metámoslos en paz el huesped, y yo , y otra gente que habia, aunque de risa no me podia mover. Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él: Cenamos, y acostámonos todos los de la casa : y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á escuras por el aposento , dando saltos, y diciendo en lengua Matemática mil disparates. Despertóme á mí, y no contento con esto , baxó al huesped, para que le diese luz, diciendo: Que ha-

ob

bia

bia hallado objeto fixo á la estocada sagita por la cuerda. El huesped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le melestó , que le llamó loco , y con esto se subió , y me dixo: Que si me queria levantar veria la reta tan famosa, que habia hallado contra el Turco , y sus alfanges , y decia , que luego se la queria ir á enseñar al Rey , por ser en favor de los Católicos. En esto amaneció , vestímonos todos , y pagamos la posada. Hicieronlos amigos á él , y al Maestro de Armas; el qual se apartó, diciendo: Que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacia mas locos , que diestros, porque los mas , por lo menos , no lo entendian.

CAPITULO XI.

De lo que me sucedió hasta llegar á Madrid con un Poeta.

Yo tomé mi camino para Madrid , y él se despidió de mí , por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado volvió con gran Priesa, y llamándome á voces, estando

do en el campo , donde no nos oía nadie, me dixo al oído: Por vida de M. m. que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento: yo le prometí de hacerlo. Tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso. Con esto caminé mas de una legua, que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenia para profesar honra, y virtud, pues habia menester tapar primero la poca de mis padres; y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecianme á mí estos pensamientos tan honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decia á solas : Mas se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud , que al que la hereda de sus abuelos. En estas razones , y discursos iba, quando topé un Clérigo muy viejo en una mula , que iba camino de Madrid. Trabajamos plática, y luego me preguntó, que de adonde venia. Yo le dixé , que de Alcalá. Maldiga Dios (dixo él) tan mala gente. Pues faltaba entre tantos un hombre

bre de discurso. Preguntéle, que cómo, ó por qué se podía decir tal del lugar donde asistian tantos varones doctos; y él muy enojado, dixo: Doctos? Yo le diré á Vmd. que tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (donde he sido Sacristan) las chanzonetas al Corpus, y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcicos, que porque vea Vmd. la sinrazon que me hicieron, se los he de leer; y comenzó de esta manera.

*Pastores no es lindo chiste,
 Que es hoy el Señor San Corpus Christe?
 Y es el dia de las danzas,
 En que el Cordero sin mancilla,
 Tanto se humilla,
 Que visita nuestras panzas,
 Y entre estas bienaventuranzas
 Entre en el humano buche.
 Suene el lindo Sacabuche,
 Pues en nuestro bien consiste.
 Pastores no es lindo chiste, &c.*

¿Qué pudiera decir mas (me dixo) el mismo inventor de los chistes? Mire qué mis-

misterios encierra aquella palabra, pastores : Mas me costó de un mes de estudio. Yo no pude con esto tener la risa, que á borbollones se me salia por los ojos , y narices ; y dando una gran carcajada, dixé: Cosa admirable! Pero solo reparo en que me llamaba Vm. señor San Corpus Christi, y Corpus Christi no es Santo , sino el dia de la Institucion del Santísimo Sacramento. ¡Qué lindo es eso! (me respondió , haciendo burla) yo le daré en el Kalendario , y está canonizado , y apostaré á ello la cabeza. No pude porfiar , perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dixé, que eran dignas de qualquiera premio , y que no habia leído cosa tan graciosa en mi vida. No? dixo al mismo punto , pues oiga Vm. un pedacito de un librito, que tengo hecho á las once mil Virgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta Octavas, cosa rica. Yo por excusarme de oír tanto millon de Octavas, le supliqué no me dixese cosa á lo Divino; y así me comenzó á recitar una Comedia, que tenia mas jornadas, que el camino de Jerusalem. Decíame, hicela en dos dias, y

este es el borrador , y seria hasta cinco manos de papel. El título era : El Arca de Noe. Hacia se toda entre gallos , ratones, jumentos, raposas, y jabalies, como fábulas de Hisopo. Yo solo alabé la traza , y la invencion ; á lo qual me respondió : Ello cosa mia es ; pero no se ha hecho otra tal en el mundo ; y la novedad es mas que todo : y si yo salgo con hacerla representar , será cosa famosa. ¿Cómo se podrá representar (le dixé yo) si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan? Esa es la dificultad, que á no haber esa, ¿habia cosa mas alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos, y picazas, que hablan , y meter para el entremes monas. Por cierto alta cosa es esa. Otras mas altas he hecho yo (dixó) por una muger á quien amo , y vé aqui novecientos y un Soneto y doce Redondillas (que parece que contaba escudos por maravedis) hechos á las piernas de mi dama. Yo le dixé, que si se las habia visto él; y respondióme, que no habia hecho tal, por las ordenes que tenia; pero que iban en profecia los conceptos. Yo confieso la verdad, que

aun-

aunque me holgaba de oírle , tuve miedo á tantos versos malos ; y así comencé á echar la plática á otras cosas : decíale , que veía liebres ; y respondia él: pues empezaré por uno , donde los comparo á ese animal; y empezaba luego. Yo por divertirle le decia: ¿ Vé Vm. aquella Estrella que se vé de dia? A lo qual dixo: En acabando este le diré el Soneto treinta, en que la llamo Estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos. Afligíme tanto con ver que no se podia nombrar cosa , á que él no hubiese hecho algun disparate, que quando ví que llegábamos á Madrid, no cabia de contento, entendiendo, que de vergüenza callaria; pero fué al rebés , que por mostrar lo que era , alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dexase, poniéndole por delante, que si los niños oían Poeta, no quedaria troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una pragmática , que habia salido contra ellos de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme muy congojado , que la leyese , si la tenia. Prometí de hacerlo en la posada:

fui me á una , adonde él se acostumbra-
 ba apear , y hallamos á la puerta mas de
 doce ciegos : unos le conocieron por el
 olor , y otros por la voz. Diéronle una
 barbanca de bien venido. Abrazólos á
 todos ; y luego comenzaron , unos á pe-
 dirle oracion para el Justo Juez en verso
 grave , y sentencioso ; tal , que provoca-
 se á gestos ; otros , pidieron de las Ani-
 mas , y por aqui discurrieron , recibien-
 do ocho reales de señal de cada uno.
 Despidiólos , y díxome : Mas me han de
 valer de trescientos reales los ciegos ; y
 así , con licencia de Vm. me recogeré
 ahora un poco para hacer alguna de
 ellas , y en acabando de comer oiremos
 la Pragmática. ¡O vida miserable ! Pues
 ninguna lo es mas que la de los locos ,
 que ganan de comer con los que lo son.

*NOTA. Buen campo ofrece la conclu-
 sion de este capítulo , para espaciarse
 nuestro Censor , y Apologista universal ,
 sobre la multitud de Oraciones.... que hoy
 dia cantan los ciegos en las calles , y pa-
 rages mas públicos de la Corte.*

CAPITULO X.

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecilla, donde dormí.

Recogióse un rato á estudiar heregias, y necedades para los ciegos. Entretanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidieron se leyese la Pragmática. Yo, por no haber otro que hacer, la saqué, y la leí: la qual pongo aqui, por haberme parecido aguda, y conveniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decia de este tenor:

PRAGMATICA.

Contra los Poetas hueros, chirles, y ebenes. Dióle al Sacristan la mayor risa del mundo, y dixo: Hablara yo para mañana. Por Dios que entendí hablaba conmigo, y es solo contra los Poetas ebenes. Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo, ó moscatel. Dexé el prólogo, y comen-

cé el primer Capítulo , que decia:

Atendiendo á que este género de sabandijas , que llaman Poetas , son nuestros próximos , y Christianos (aunque malos) viendo que todo el año adoran cejas , dientes , listones , y zapatillas , haciendo otros pecados mas enormes: mandamos , que la Semana Santa recojan á todos los Poetas públicos , y cantoneros , como á las malas mugeres , y que los desengañen del yerro en que andan , y procuren convertirlos ; y para ello señalamos casas de arrepentidos.

Item , advirtiendo los grandes bochornos que hay en los caniculares , y nunca anohecidas coplas de los Poetas de sol , como pasas á fuerza de los soles , y estrellas que gastan en hacerlas ; les ponemos perpetuo silencio en las cosas del Cielo , señalando meses vedados á las musas , como á la caza , y pesca , porque no se agoten con la prisa que les dan.

Item , habiendo considerado que esta secta infernal de hombres condenados á perpetuo concepto , despedazadores de vocablos , y bolteadores de razones , ha pe-

pegado el dicho achaque de poesía á las mugeres; declaramos, que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho, del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre, y necesitado, mandamos quemar las coplas de los Poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata, y perlas; pues en los mas versos hacen á sus Damas de todos metales. Aqui no lo pudo sufrir el Sacristan, y levantándose en pie, dixo: Mas no, sino quitarnos las haciendas. No pase Vuesa merced adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi Juez, por no causar perjuicio á mi hábito, y dignidad; y en prosecucion de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo Eclesiástico, hubiese de padecer este agravio. Yo probaré, que las coplas de Poeta Clérigo no están sujetas á tal Pragmática: y luego quiero irlo á averiguar ante la Justicia. En parte me dió gana de reir; pero por no detenerme (que se me hacia tarde) le dixé: Señor, esta Pragmática es hecha por gracia, que no tiene fuerza, ni apremia, por

estar falta de autoridad. ¡O pecador de mí! (dixo muy alborotado) Avisara Vm. que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe Vm. qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de cantado, y oír eso? Prosiga Vm. y Dios se lo perdone el susto que me ha dado. Proseguí diciendo:

Item, advirtiendo, que despues que dexaron de ser Moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores; por lo qual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen: mandamos, que dexen el tal oficio, señalando Ermitas á los amigos de soledad; y á los demás (por ser oficio alegre, y de pullas) que se acomoden en mozos de mulas. Algun puto, cornudo, buxarron, Judío, ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira, que le pesara á él, y á todos quantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaria á un hombre lampiño, como yo, la Ermita! ¿Y un hombre vinage-

ro-

roso, y Sacristan ha de ser mozo de mulas? Ea señor, que son grandes pesadumbres esas. Ya le he dicho á Vm. (repliqué yo) que son burlas, y que las oiga como tales. Proseguí diciendo:

Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos, que no se pasen coplas de Aragón á Castilla, ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el Poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora. Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas de puro vieja, y con tantas cazcarrias, que para enterrarse no era menester mas de estregársela encima. El manteo, podiase con él estercolar dos heredades. Y así, medio riéndome, le dixé: Que mandaba tambien poner entre los desesperados que se ahorcan, y despeñan; y que como á tales no las enterrasen en sagrado á las mugeres que se enamorasen de Poeta á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de Redondillas, Canciones, y Sonetos que habia habido estos años fértiles, mandamos, que los legajos, que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias, sin ape-

la-

lacion. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decia asi: Pero advirtiéndome con ojos de piedad, que hay tres géneros de gentes en la República, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin tales Poetas, como son Farsantes, Ciegos, y Sacristanes: Mandamos, que pueda haber algunos Oficiales de este arte; con tal que tengan carta de exámen de los Caciques de los Poetas que fueren en aquellas partes, limitando á los Poetas de Farsantes, que no acaben los entremeses con palos, ni diablos, ni las Comedias en casamientos; y á los ciegos que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos, *bermanal*, y *pundonores*. Y mandámosles, que para decir *la presente obra*, no digan *zozobra*. Y á los Sacristanes, que no hagan los Villancicos con Gil, ni Pasqual: Que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre, se vuelven á cada fiesta; y finalmente, mandamos á todos los Poetas en comun, que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo, y otros Dioses, so pena, que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.

A todos los que oyeron la Pragmática, pareció quanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella; solo el Sacristanejo comenzó á jurar, por vida de las Vísperas solemnes, Introitos, y Kiries, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabia mejor lo que habia de hacer que nadie. Y últimamente dixo: hombre soy yo que he estado en una posada con Liñan, y he comido mas de dos veces con Espinel; y que habia estado en Madrid, tan cerca de Lope de Vega, como lo estaba de mí; y que habia visto á D. Alonso de Arcilla mil veces; y que tenia en su casa un retrato del divino Figueroa; y que habia comprado los greguescos que dexó Padilla quando se metió Frayle; y que hoy dia los traía, y malos. Enseñólos, y dióles esto á todos tanta risa, que no querian salir de la posada. Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el Puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado. Luego trabamos plática, y

pre-

preguntóme, que si venia de la Corte; dixé, que de paso habia estado en ella. No está para mas (dixo luego) que es Pueblo para gente ruin. Mas quiero, voto á Christo, estar en un sitio, la nieve á la cinta, hecho un relox, comiendo madera, que sufrir las supercherias que se hacen á un hombre de bien. A esto le dixé yo, que advirtiese, que en la Corte habia de todo, y que estimaban mucho á qualquier hombre de suerte. ¿Qué estimar? (dixo muy enojado) si he estado yo seis meses pretendiendo una vadera, tras veinte años de servicio, y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas; y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que asi era de incordio, como el sol es claro: luego en los calcañares me enseñó otras dos señales, y dixo, que eran balas; y yo saqué, por otras dos mias que tengo, que habian sido sabañones. Quitóse el sombrero, y mostróme el rostro; calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenia en una cuchillada, que le partia las narices. Tenia otros tres chirlos, que se la volvian mapas á puras líneas. Estas
(me

(me dixo) me dieron en París en servicio de Dios, y del Rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del Licenciado, que no han salido en campaña, voto á Christo, hombre, vive Dios, tan señalado; y decia verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de oja de lata, y á enseñarme papeles, que debian de ser de otro, á quien habia tomado el nombre: Yo los leí, y dixé mil cosas en su alabanza; y que el Cid, ni Bernardo, no habian hecho lo que él. Saltó en esto, y dixo ¿Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni Garcia de Paredes, Julian Romero, ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí, que entonces: sí, que no habia artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte Vm. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen. ¿Es Vm. acaso, le dixé yo? Y él me respondió: ¡Pues qué otro! ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre. Yendo en

estas razones , topamos en un borrico un Ermitaño , con una barba tan larga , que hacia lodos con ella , macilento , y vestido de paño pardo. Saludámosle con el Deo gracias acostumbrado , y empezó á alabar á los trigos , y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el Soldado , y dixo : A Padre , mas espesas he visto yo las picas sobre mí ; y voto á Christo , que hice en el saco de Amberes lo que pude , sí , juro á Dios. El Ermitaño le reprehendia que no jurase tanto. El Soldado le respondió , bien se echa de ver , Padre , que no ha sido Soldado , pues me reprehende mi propio oficio. Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca , y eché de ver era algun pícaro , porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia , y estima , quando no de todos. Llegamos á la falda del Puerto ; el Ermitaño rezando el rosario en una carga de leña , hecha bolas de madera , que á cada Ave Maria sonaba un cabe , y el Soldado iba comparando las peñas á los Castillos , que habia visto , y mirando qual lugar era fuerte , y adonde se habia de plantar la artilleria.

Yo los iba mirando, y tanto temia el rosario del Ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del Soldado. ¡Oh cómo volaria yo con pólvora, gran parte de este Puerto, decia, y hiciera buena obra á los caminantes! En estas, y otras conversaciones llegamos á Cerecedilla; entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido. Mandamos aderezar la cena, era Viernes, y entre tanto el Ermitaño dixo: Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos Ave Marias, y dexó caer de la manga el quaderno. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El Soldado dixo, no, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo en amistad. Yo codicioso dixé, que jugaria otros tantos; y el Ermitaño por no hacer mal servicio, aceptó, y dixo, que allí llevaba el aceyte de la lámpara, y que eran hasta doscientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza, y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al Turco. Fue el juego al parar; y lo bueno fue, que dixo que no sabia el juego, y hizo que se le enseñásemos. Dexónos el bienaven-

turado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que nos dexó blancos en la mesa. Heredónos en vida, retiróla el ladron con las ancas de la mano, que era lástima: perdia una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El Soldado echaba á cada suerte doce votos, y otros tantos pesias, aforrados en por vidas. Yo me comí las uñas, mientras el Frayle ocupaba las suyas en mi moneda. No dexaba Santo, que no llamaba. Acabó de pelarnos, quisimosle jugar sobre prendas; y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al Soldado los ciento) dixo, que aquello era entretenimiento, y que eramos próximos, que no habia de tratar de otra cosa. No juren (decia) que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien; y como nosotros no sabiamos la habilidad que tenia de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el Soldado juró de no jugar mas, y yo de la misma suerte. Pesia tal, decia el pobre Alferez (que él me dixo entonces que lo era) entre Luteranos, y Moros me he visto, pero no he padecido tal despojo: él se reía á todo esto. Tornó á sacar

car el Rosario para rezar ; y yo, que no tenía ya blanca, pedile, que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos in puribus. Prometió hacerlo, y metióse sesenta huevos ; no ví tal en mi vida ! Dixo que se iba á costar : dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el Soldado llamó al huesped, y le encomendó sus papeles, con las caxas de lata, que los traía, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos : el Padre se persignó, y nosotros nos santiguamos de él : durmió, y yo estuve desvelado, trazando como quitarle el dinero. El Soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hizose hora de levantar, pidió luz muy apriesa, traxéronla, y el huesped el envoltorio al Soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre Alferez hundia la casa á gritos, pidiendo que le diesen los servicios. El huesped se turbó, y como todos deciamos que se los diese, fue corriendo, y traxo tres bacines, diciendo: He ahí pa-

ra cada uno el suyo. Quieren mas servicios? Entendiendo que nos habia dado cámaras. Aqui fue ello, que se levantó el Soldado con la espada tras el huesped en camisa, gritando, que le habia de matar, porque hacia burla de él, que se habia hallado en la Naval, San Quintin, y otras, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le habia dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aun no podiamos. Decia el huesped; Señor, su merced pidió servicios, yo no estoy obligado á saber, que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas. Apaciguámoslos, y tornámonos al aposento. El Ermitaño rezeloso, se quedó en la cama, diciendo, que le habia hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del Pueblo para el Puerto, enfadados del término del Ermitaño, y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero. Topamos con un Ginovés (digo de estos Ante-Christos de las monedas de España) que subia el Puerto con un page detras, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabamos conversacion con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que

es

es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Vitanzon; y si era bien dar dineros, ó no á Vitanzon; tanto, que el Soldado, y yo le preguntamos, que quien era aquel Caballero; á lo qual respondió riéndose: Es un Pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios, por donde se gobierna la moneda, de lo qual sacamos, que en Vitanzon se lleva el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino, contando que estaba perdido, porque habia quebrado un cambio, que le tenia mas de sesenta mil escudos, y todo lo juraba por su conciencia (aunque yo pienso, que conciencia en Mercaderes, es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse). Nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dexarla con el ombligo en naciendo. En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria, que con los sucesos de Cabra me contradecia el contento. Llegué al Pueblo, y á la entrada

ví á mi padre en el camino aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, y bien vestido. Dexé la compañía, y considerando en quien conociera á mi tio (fuera del Rollo) mejor en el Pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplon, y nadie me daba razon, diciendo, que no le conocian. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi Pueblo, quando estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tio de las suyas. Venia una procesion de desnudos, todos desca-peruzados delante de mi tio; y él muy haciéndose de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laudes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien habia dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo á mi buen tio; y echando en mí los ojos (por pasar cerca) arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensé morirme de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien

es-

estaba. Fuíme con él, y díxome: Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente, que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo. Yo que me ví á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos de azotado, dixé, que le aguardaría allí. Y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablara mas en mi vida, ni parecería entre gentes. Acabó de repararles las espaldas; volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé, y comimos.

CAPITULO XI.

Del Hospedage de mi tío, y visitas, y la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la Corte.

Tenia mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador, entramos en ella, díxome: No es Alcazar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios. Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que

me sucedia en lo alto , para si se diferenciaba en algo de la horca. Entramos en un aposento tan baxo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas baxas. Colgó la penca en un clavo, que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, escarpas, y otras erramientas del oficio. Díxome, que por qué no me quitaba el manteo, y me sentaba ; yo le respondí , que no lo tenia de costumbre. Dios sabe qual estaba de ver la infamia de mi tio! Díxome, que habia tenido ventura topar con él en tan buena ocasion, porque comeria bien, y tenia convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies morada , uno de los que piden para las ánimas, y haciendo son con la caxa , dixo: Tanto me han valido á mí las animas hoy, como á tí los azotados, encaxa. Hiciéronse la mamona el uno al otro, arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en greguescos de lienzo, y empezó á baylar y decir, que si habia venido Clemente. Dixo mi tio que no: quando en Dios, y enhorabuena, envuelto en un

capucho con unos zuecos, entró un chirimía de la bellota, digo un porquero, conocilo por el (hablando con perdon) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso, solo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo, y vizco, un sombrero con mas falda que un monte, y mas capa que un nogal, la espada con mas gavilanes que la caza del Rey, y un colete de ante. Traía la cara de punto, porque á puros chirlos la tenia toda hilvanada. Entró, y sentóse, saludando á los de casa, y á mi tio le dixo: A fé Alonso, que lo han pagado bien el Romo, y el Garroso. Saltó el de las animas, y dixo: Quatro ducados dí yo á Flechilla, Verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico, y no llevase la penca de tres suelas, quando me palmearon el embés. Vive Dios (dixo el corche-te) que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia, porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellaco me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas. Y el porquero conconiéndose, dixo: Aun están con

virgo mis espaldas. A cada puerco le viene su San Martin (dixo el demandador). Alabarme puedo yo (dixo mi buen tio) entre quantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda, hago lo que debo, sesenta me dieron los de oy, llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla. Yo, que ví quan honrada gente era la que hablaba con mi tio, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza; echómelo de ver el corchete, y dixo: Es el padre el que padeció el otro dia, á quien se dieron ciertos empujones en el embés? Yo dixé, que no era hombre que padecia como ellos. En esto se levantó mi tio, y dixo: Es mi sobrino Maeso en Alcalá, gran supuesto. Pidiéronme perdon, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer, y cobrar mi hacienda, y huir de mi tio. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la carcel, subieron la comida de un bodegon, que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos, y retagillos de cantaros, y tinajas; no podrá nadie encarecer mi senti-

timiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador, y los demas sin orden. No quiero decir lo que comimos, solo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogia al vuelo, y hacia mas razones que decíamos todos. No habia memoria de agua, y menos voluntad de ella. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á quatro, y tomando un hisopo, despues de haber quitado las ojaldres, dixeron un Responso todos con su *requiem æternam*, por el anima del difunto, cuyas eran aquellas carnes. Dixo mi tio: Ya os acordais sobrino lo que os escribí de vuestro padre. Vínoseme á la memoria. Ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos, y quedéme con la costumbre; y asi siempre que como pasteles, rezo una *Ave Maria* por el que Dios haya: menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete, y el de las animas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas (que parecian dedos de negro) dixo uno, que para qué traían pebetes
gui-

guisados. Ya mi tío estaba tal , que alargando la mano, y asiendo una, dixo (con la voz algo áspera , y ronca , el un ojo medio acostado , y el otro nadando en mosto): Sobrino , por este pan de Dios, que crió á su imagen y semejanza , que no he comido en mi vida mejor carne tinta. Yo, que vi al corchete, que alargando la mano tomó el salero , y dixo: Caliente está este caldo ; y que el porquero se llevó el puño de sal , diciendo: Bueno es el anisillo para beber , y se lo echó todo en la boca; comencé á reirme por una parte y rabiarse por otra. Traxeron caldo , y el de las animas tomó con entrambas manos una escudilla , diciendo: Dios bendixo la limpieza ; y por subírsela en la boca se la puso en el carrillo, y bolcándola se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abaxo , que era vergüenza. El que se vió así , fuese á levantar ; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa , que era de estas movedizas: trastornóla , y manchó á los demás ; tras esto decia , que el porquero le habia empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima , levantóse, y

y alcanzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada; asiéronse á puñadas, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los buelcos, y alteracion, el porquero vomitó quanto habia comido en las barbas del de la demanda. Mi tio, que estaba mas en juicio, decia: Que quien habia traído á su casa tantos Clérigos. Yo, que ví que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasi á los dos, y levanté al corche-te del suelo, el qual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tio en la cama, el qual hizo cortesia á un velador de palo que tenia, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el qual, ya que dormian los otros no habia hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no habia habido jamas quien supiese mas tonadas, y que él queria tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté de ellos, hasta que ví que dormian. Salime de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde: pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de
pre-

preguntar de qué sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné á casa á la noche, habiendo pasado quatro horas, y hallé al uno despierto, y que andaba á gatas por el aposento, buscando la puerta, y diciendo, que se les habia perdido la casa. Levantéle, y dexé dormir á los demas hasta las once de la noche, que despertaron, esperezándose, preguntó uno, qué hora era? Respondió el porquero (que aun no la habia desollado) que no era nada sino la siesta, y que hacia grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen la capilla: Mucho han holgado las animas, para tener á su cargo mi sustento, y fuese, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces, diciendo, que el Cielo estaba estrellado á medio dia, y que habia un grande eclipse. Santiaguáronse todos y besaron la tierra. Yo que ví la bellaqueria del demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias, y vilezas, que veía yo, ya me crecia por purtos el deseo de ver-

verme entre gente principal , y Caballeros. Despachélos á todos uno por uno lo mejor que pude , y acosté á mi tio, que aunque no tenia zorra , tenia raposa; y yo acomodéme sobre mis vestidos , y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por alli. Pasamos de esta manera la noche , y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda, y cobrarla de presto, diciendo , que estaba molido , y que no sabia de qué. Echó una pierna , levantóse: tratamos largo de mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho , y rústico. Al fin , lo reduxe á que me diese noticia de parte de mi hacienda (aunque no de toda) y asi me la dió de unos trescientos ducados , que mi buen padre habia ganado por sus puños , y dexándolos en confianza de una buena muger, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á Vm. digo, que cobré , y embolsé mi dinero , el qual mi tio no habia bebido, ni gastado, que fue harto , para ser hombre de tan poca razon ; porque pensaba que yo me graduaria con esto, y que estudiando po-

dria

dria ser Cardenal , que como estaba en su mano hacerlos , no lo tenia por dificultoso. Dixome, en viendo que los tenia: Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras , y eres bueno , pues tienes á quien parecer : dinero llevas , yo no te he de faltar , que quanto sirvo , y quanto tengo , para tí lo quiero. Agradécile mucho la oferta, gastamos el dia en pláticas desatinadas , y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tio , y el porquero , y demandador : este jugaba Misas , como si fuera otra cosa: era de ver como se barajaban la taba , cogiéndola en el ayre al que la echaba , y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar. Sacaban de taba , como de naype para la fábrica de la sed , porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche , ellos se fueron, acostámonos mi tio y yo , cada uno en su cama , que ya habia prevenido para mí un colchon. Amaneció; y antes que él despertase, yo me levanté , y me fui á una posada sin que me sintiese; torné á cerrar la puerta por defuera , y eché la llave por una ga-

gatera. Como he dicho, me fui á un meson á esconder, y aguardar comodidad para ir á la Corte. Dexéle en el aposento una carta cerrada, que contenia mi ida, y las causas, aviéndole no me buscasse, porque eternamente no le habia de ver.

CAPITULO XII.

De mi huida, y los sucesos en ella hasta la Corte.

Partia aquella mañana del meson un Arriero con cargas á la Corte: llevaba un jumento, alquilómele, y salime á aguardarle á la puerta fuera del Lugar. Salió, y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: Allá quedarás bellaco deshonra buenos, ginete de gznates. Consideraba yo, que iba á la Corte, donde nadie me conocia (que era la cosa que mas me consolaba) y que habia de valerme por mi industria, y habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso; pero volvamos á

las cosas, que el dicho mi tío hacia ofendido con la carta, que decia en esta forma.

C A R T A.

Señor Alonso Ramplon, *tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes, como quitarme delante mi buen padre, y tener mi madre en Toledo, donde (por lo menos) sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en Vm. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linage, que dos es imposible, si no vengo á sus manos, y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos, sirva al Rey, y á Dios.*

No hay que encarecer las blasfemias y oprobrios que diria contra mí: volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la mancha, y bien deseose de no topar á nadie, quando desde lexos ví venir un Hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas, y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto, el sombrero de lado. Sospeché que era algun Caba-
lle-

llero , que dexaba atras su coche , y así emparejando le saludé. Miróme, y dixo: Irá Vm. Señor Licenciado , en ese borri- co con harto mas descanso , que yo con todo mi aparato. Yo , que entendí que lo decia por coche , y criados que dexaba atras , dixé : En verdad , Señor , que lo tengo por mas apacible caminar que el del coche ; porque (aunque Vm. vendrá en el que trae detras con regalo) aquellos vuelcos que dá inquietan. ¿ Quál coche detras ? Dixo él muy alborotado , y al volver atras , como hizo fuerza , se le cayeron las calzas ; porque se le rompió una abujeta que traia , la qual era tan sola , que tras verme tan muerto de risa , de verle , me pidió una prestada. Yo que ví que de la camisa no se veía sino una ceja , y que traía tapado el rabo de medio ojo , le dixé : Por Dios (Señor) que si Vm. no aguarda á sus criados , yo no puedo socorrerle , porque vengo atacado únicamente. Si hace Vm. burla , dixo él (con las cachondas en la mano) vaya ; porque no entiendo eso de los criados , y aclaróseme tanto , en materia de ser pobre , que me confesó , á media legua que

anduvimos , que si no le hacia merced de dexarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la Corte , por ir cansado de caminar con las bragas en los puños ; y movido á compasion me apee , y como él no podia sacar las calzas húbele yo de subir , y espantóme lo que descubrí en el tocamiento , porque por la parte de atras, que cubria la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El , que sintió lo que habia visto (como discreto) se previno, diciendo: Señor Licenciado, no es oro todo lo que reluce: debióle parecer á Vm. en viendo el cuello abierto, y mi presencia , que era un Conde de Irlas. Como de estos ojaldres cubren en el mundo lo que Vm. ha tenido. Yo le dixé, que le aseguraba me habia persuadido á muy diferentes cosas de las que veía. Pues aun no ha visto Vm. nada (replicó) que hay tanto que ver en mí, como tengo , porque nada cubro. Veme aquí Vm. un Hidalgo hecho, y derecho, de casa y solar Montañes , que si como sustento la nobleza, me sustentara , no hubiera mas que pedir ; pero ya, Señor Licenciado, sin pan,
ni

ni carne , no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios , todos la tienen colorada , y no puede ser Hijo-dalgo el que no tiene nada. Ya he caido en la cuenta de executorias , despues que hallándome en ayunas un dia, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas ; por decir , que no tienen letras de oro ; pero mas valiera el oro en las pildoras , que en las letras, y de mas provecho es ; y con todo hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura , por no tener sobre que caer muerto , que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero (que todos estos nombres tenia) se perdió en una fianza ; solo el Don me ha quedado por vender , y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él ; pues quien no le tiene por ante le tiene por postre , como el Remendon , Azadon , Podon , Baldon, Bordon , y otros así. Confieso , que aunque iban mezcladas con risa las calamidades del dicho Hidalgo , me entretuvieron. Preguntéle ; cómo se llamaba , y adónde iba , y á qué ? Dixo todos los nom-

bres de su padre : Don Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero y Jordan ; no se vió jamás nombre tan campanudo , porque acababa en dan , y empezaba en don , como son de badajo. Tras esto dixo , que iba á la Corte , porque un Mayorazgo raído , como él , en un Pueblo corto , olia mal á dos dias , y no se podia sustentar ; y que por eso se iba á la patria comun adonde caben todos , y adonde hay mesas francas , para estómagos aventureros ; y nunca quando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa , cama , de comer , y refocilo de lo vedado ; porque la industria en la Corte es piedra filosofal , que vuelve en oro quanto toca ; yo ví el Cielo abierto , en son de entretenimiento para el camino , le rogué que me contase cómo , y con quiénes viven en la Corte los que no tenian como él , porque me parecia dificultoso , que no solo se contenta cada uno con sus cosas , sino que aun solicitan las ajenas. Muchos hay de esos (hijo) ; y muchos de estotros : es la lisonja llave maestra , que abre á todas voluntades en tales Pueblos ; y

por-

porque no se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos, y mis trazas, y te asegurarán de esa duda.

CAPITULO XIII.

En que el Hidalgo prosigue el camino, y lo prometido de su vida, y costumbres.

Lo primero has de saber, que en la Corte hay siempre el mas necio, y el mas rico, y mas pobre, y los extremos de todas las cosas: que disimula los malos, y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo), que no se les conoce raiz, ni mueble, ni otra cosa de la que descenden los tales: entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos Caballeros ebenes; otros güeros, chanflones, chirles, traspillados, y caminos; es nuestra abogada la industria. Pasamos las mas veces los estómagos de vacío; que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas: Somos susto de los banquetes, polilla de los bo-

degones, y convidados por fuerza ; sustentándonos así del ayre, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro, y representamos un capon. Entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero, y aves, y mondaduras de frutas : La puerta embarazada con plumas, y pellejos de gazapos : Todo lo qual cogemos de parte de noche por el Pueblo, para honrarnos con ellos de dia, y reñimos en entrando el huesped : ¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza ? Perdóneme Vm. que han comido aquí unos amigos, y esos criados, &c. Quien no nos conoce cree que es así, y así pasa por convite. ¿Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas ? En hablando á uno media vez sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa) decimos, que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo : si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no ; si nos convidan, no aguardamos al segundo embite, porque de estas

tas aguardadas nos han sucedido grandes vigili-
as: Si han empezado , decimos que sí, y aunque parta muy bien el ave, y pan, ó carne, ó lo que fuere (para tomar ocasion de engullir un bocado) decimos: Ahora dexe Vm. que le quiero servir de Maestresala; que solia , Dios le tenga en el Cielo (y nombramos un Señor muerto Duque, ó Conde) gustar mas de verme partir, que de comer. Diciendo esto , tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: ¡ Oh qué bien huele! Cierto que haria agravio á la guisandera en no probarlo: ¡ qué buena mano tiene! Y diciendo , y haciendo va en prueba el medio plato; el nabo , por ser nabo; el tocino, por ser tocino , y todo por lo que es. Quando esto nos falta ya tenemos sopa de algun Convento aplazada ; no la tomamos en público , sino á lo escondido, haciendo creer á los Frayles , que es mas devocion , que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego , con el cuidado que sirve , y despavila las velas , traer orinales, como meter naypes, y solemnizar las cosas del que gana , todo por un triste real de barato. Tene-

mos de memoria , para lo que toca á vestirnos , toda la roperia vieja ; y como en otras partes hay hora señalada para oracion , la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos ; que como tenemos por enemigo declarado al Sol , por quanto nos descubre los remiendos , puntadas y trapos , nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo , y en la sombra del suelo vemos lo que hacen los andrajos , y hilarachas de las entrepiernas , y con unas tixeras las hacemos la barba á las calzas ; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas , es de ver como quitamos cuchilladas de atrás , para poblar lo de adelante , y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas , que se queda en las puras bayetas ; sábelo sola la capa , y guardámonos de dias de ayre , y de subir por escaleras claras , ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz , pues en dia claro andamos las piernas muy juntas , y hacemos las reverencias con solos los tovillos ; porque si se abren las rodillas , se verá el ventanage. No hay cosa en todos
nues-

nuestros cuerpos, que no haya sido otra cosa, y no tengo historia; verbi gracia, bien ve Vm. esta ropilla, pues primera fue gregüescos nieta de una capa, y viznieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas, y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañuelos, habiendo sido tohallas, y antes camisas, hijas de sábanas, y despues de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos, y despues hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. ¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los ferreruelos calvos, y las ropillas lampiñas? que no hay mas pelo en ellas, que en un guijarro, que es Dios servido de dárnosle en la barba, y quitárnosle en la capa; y por no gastar en Barberos, prevenimos siempre de guardar que otro de los nuestros tenga pelambre, y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: *Ayudaos como buenos hermanos*; y tenemos cuenta no andar los unos por las casas

sas de los otros, si sabemos alguno trata la misma gente que otro. Es de ver como andan los estómagos en zelo, estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes; aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla, ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar, que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesias, porque nos vean todos, y hablando á los amigos, y conocidos, aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público, sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un Soldado atravesado desde tal parte, señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la Iglesia, y come en el pecho, nos damos Sanctus, aunque sea en el Introito: Levantámonos, y arrimándonos á una esquina, en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca; encaxamos Duques, y Condes en las conversaciones, unos
por

por amigos, otros por deudos; y advertimos, que los tales Señores, ó están muertos, ó muy léjos; y lo que mas es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *Pane lucrando*, que veda la orden de damas melindrosas, por lindas que sean, y así siempre andamos en requesta con una bodegonera por la comida, con la huéspedada por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre, y aunque comiendo tan poco, y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas, por su tanda, todas están contentas. Quien ve estas botas mias, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa: y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un Caballero, Señor Licenciado, pero cuello abierto, y almidonado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona, y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento, porque se ceba el hombre en almidon, chupándole con destreza. Y al fin, Señor Licenciado, un Caballero de nosotros ha de tener mas faltas que una preñada de
nue-

nueve meses , y con esto vive en la Corte. Ya se ve en prosperidad , y con dineros , y ya se ve en el Hospital ; pero en fin se vive, y el que se sabe vandeear, es Rey , con poco que tenga. Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del Hidalgo , y tanto me embebecí , que divertido con ellas, y con otras , me llegué á pie hasta las Rozas , adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho Hidalgo , que no traía blanca , y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas; inclinándome á la chirleria. Declaréle mis deseos, antes que nos acostasemos, abrazóme mil veces, diciendo , que siempre espero habian de hacer impresion sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la Corte con los demas Cofrades del Estafon) y posada en compañía de todos. Aceptela, no declarándole que tenia los escudos que llevaba , sino hasta cien reales solos : los quales bastaron con la buena obra que le había hecho, y hacia , á obligarle á mi amistad. Compréle del huesped tres abujetas , atacóse , dormí-

mimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

CAPITULO XIV.

De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué, hasta que anocheció.

A Las diez de la mañana entramos en la Corte, fuímonos á apear de conformidad en casa de los amigos de Don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó, obrióle una vejezuela muy pobremente abrigada, y muy vieja. Preguntó por los amigos; y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua, vestida de bayeta hasta los pies, mas raída que su vergüenza. Habláronse los dos en Germania, de lo qual resultó darme un abrazo, y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la qual (diciendo, que era licencia para pedir para una
po-

pobre) los habia allegado: vació el guante, y sacó otro, y doblólos á usanza de Médico. Yo le pregunté, que por qué no se los ponía? y dixo, que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté, que no se desarrebozaba; y pregunté (como nuevo para saber) la causa de estar siempre envuelto en la capa, á lo qual respondió: Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla, y de una mancha de aceyte, este pedazo de rebozo la cubre, y asi se puede andar: desarrebozóse, y hallé que debaxo de la sotana traía gran bulto: yo pensé que eran calzas, porque eran á modo de ellas, quando él (para entrarse á espulgar) se arremangó, y ví que eran dos rodajas de carton, que traía atadas á la cintura, y encaxadas á los muslos; de suerte, que hacian apariencias debaxo del luto, porque el tal no traía camisa, ni gregüescos, que apenas tenia que espulgar, segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las Sacristias, que decia: Espulgador hay; porque no entrase otro.

Gran-

Grandes gracias dí á Dios, viendo quanto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. Yo (dixo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas, y asi me habré de recoger á remendar. Preguntó si habia algunos retazos? La vieja (que recogia trapos dos dias en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los Caballeros) dixo que no, y que por falta de trapos se estaba quince dias habia en la cama de mal de ropilla Don Lorenzo Iñiguez del Pedroso. En esto estábamos, quando vino uno con sus botas de camino, y su vestido pardo, con un sombrero, prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demas, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traía (mire Vm. quien tal pensara) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él con gran disimulacion dixo: Haráse á las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba? Yo dixé, que por galanteria, y por dar lu-

lugar á la vista; antes por estorbarla, (dixo) sepa, que es porque no tiene toquilla, y que asi no lo echan de ver. Y diciendo esto, sacó mas de veinte cartas, y otros tantos reales, diciendo, que no habia podido dar aquellas: traía cada una un real de porte, y eran echas por él mismo, ponía la firma de quien le parecia; escribia nuevas, que inventaba, á las personas mas honradas, y dábaldas en aquel trage, cobrando los portes, y esto hacia cada mes: cosa que me espantó ver tal novedad de vida. Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño, larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, porque no se viese el angeo, que estaba roto. Los valones eran de camelote, mas no eran mas de lo que se descubrian, y lo demas de bayeta colorada. Este venia dando voces con el otro, que traía valona, por no traer cuello, y unos frascos, por no traer capa, y una muleta. con una pierna liada en trapos, y pellejos, por no tener mas de una calza. Hacíase Soldado, y habialo sido, pero malo, y en partes quietas, contaba extraños ser-
vi-

vicios suyos, y á título de Soldado, entraba en qualquiera parte. Decia el de la ropilla, y casi greguescos: La mitad me debeis, ó por lo menos mucha parte, si no me la dais juro á Dios.... No jure á Dios (dixo el otro) que en llegando á casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos. Si dareis, no dareis, y con los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dixo el Soldado: A mi chanzas! No llevareis ni medio. Han de saber Vmds. que estando en San Salvador, llegó un niño á este pobrete, y le dixo que si era yo el Alferez Juan de Lorenzana; y dixo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traia en las manos. Llevómele, y dixo (nombrándome Alferez) mire Vmd. qué le quiere este niño; y como le entendí, dixé que yo era, recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre, que los enviaba á alguno de aquel nombre: pídemme ahora la mitad, y antes

me haré pedazos que tal dé, todos los han de romper mis narices. Juzgóse la causa en su favor, solo se le contradixo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja, para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen, y representasen camisas, que el sonarse está vedado. Llegó la noche, acostámonos tan juntos, que parecíámos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los mas, que con acostarse como andaban de dia, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO XV.

*En que se prosigue la materia comenzada,
y otros raros sucesos.*

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en armas: ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuésemos hermanos (que esta facilidad, y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas.) Era de ver á uno ponerse la camisa de doce
ve-

veces, dividida en doce trapos, diciendo una oracion á cada uno, como Sacerdote que se viste: á qual se le perdia una pierna en los callejones de las calzas, y la venia á hallar adonde menos convenia, asomada. Otro pedia guia para ponerse el jubon, y en media hora no se podia averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo, para hacer un punteado en un rasgado, y otro: Qual para corcusirse debaxo del brazo, estiéndole se hacia L. uno hincado de rodillas, remendaba un cinco de guarismo, socorria á los cañones. Otro por plegar las entropiernas metiendo la cabeza entre ellas, se hacia un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco, como yo ví, porque ellos cosian, y la vieja les daba los materiales, trapos, y arrapiezos de diferentes colores, los quales habia traído el Sábado. Acabóse la hora del remiendo, (que así la llamaban ellos) y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron irse fuera, y yo dixé, que queria trazasen mi vestido, porque queria gastar

los cien reales en uno , y quitarme la sotana: Eso no , dixerón ellos, el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego , y señalémosle su diócesi en el pueblo , adonde él solo busque , y apolille. Parecióme bien, deposité el dinero , y en un instante de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el ferreruelo , quedó bueno , lo que sobró de él trocaron á un sombrero reteñido : pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos; el cuello , y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas, con cuchilladas no mas de por delante , que lados y traseras eran unas camuzas; las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban mas de quatro dedos mas abaxo de la rodilla , y estos quatro dedos cubria una bota justa sobre la media colorada, que yo traia. El cuello estaba todo abierto de puro roto , pusiéronmele , y dixerón: El cuello está trabajoso por detras y por los lados , Vmd. si le miraren, ó no , ha de ir volviéndose con él como la flor del Sol ; si fueren dos , y mira-

ren por los lados , saque pies ; y para los de atras , traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote ; de suerte , que la falda cubra el cuello , y descubra toda la frente ; y al que le preguntare , que por qué anda así , responda-le , que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéron-me una caja con hilo negro y blanco , seda , cordel , y aguja , dedal , paño , lienzo , raso , y otros retacillos , y un cuchillo. Pusiéronme una espuela en la pretina , yesca , y eslabon en una bolsa de cuero , diciendo : con esta caja puede ir por todo el Mundo , sin haber menester amigos , ni deudos : en esta se encierra todo nuestro remedio , tome , y guardela. Señaláronme por quartél , para buscar mi vida , el de San Luis , y así empecé mi jornada , saliendo de casa con los otros , sí bien por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa) como á Misa Cantada , por padrino el mismo que me traxo , y convirtió. Salimos de casa con paso tar- do , los rosarios en la mano ; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos hacíamos cortesía , á los hombres

quitábamos el sombrero, deseando hacerlo mismo á sus capas. A las mugeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas y las paternidades mucho mas. A uno decia mi buen ayo; mañana me traen dineros; á otro agúardeme Vmd. un día que me trae en palabras el Banco. Qual le pedia la capa, qual le daba priesa por la pretina, en lo qual conocí, que era tan amigo de sus amigos, que no tenia cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una cera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedia á uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas, y camisas; de manera, que eché de ver que era Caballero de alquiler, como mulla. Sucedió, pues, que vió desde léjos un hombre que le sacaba los ojos (segun dixo) por una deuda, mas no podia el dinero: y porque no le conociese, soltó detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó Nazareno entre Veronico, y Caballero lanudo: plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar Italiano conmigo. Esto pudo hacer, mientras el otro venia (que no le habia

visto) por estar ocupado en chismes con una vieja, digo de verdad, que ví al hombre dar vueltas al rededor, como perro que se queria echar; haciase mas cruces que un Ensalmador, y fuese, diciendo: Jesus! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido, &c. Yo me moría de risa de ver la figura de mi amigo, entróse en un soportal á recoger la melena, y el parche, y dixo: Estos son los aderezos de negar deudas, aprended, hermano, que vereis mil cosas de estas en el Pueblo. Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario, y aguardiente de una picarona, que nos lo dió de gracia, despues de dar el bienvenido á mi adestrador, díxome: Con esto va ya el hombre descuidado de comer hoy, por lo menos esto no puede faltar. Afligíme yo, considerando, que aun teníamos en duda la comida; y repliquéle afligido, por parte de mi estómago, á lo qual respondió: Poca fé tiene con la religion, y órden de los caminos: no falta el Señor á los cuervos, ni á los grajos, ni aun á

los Escribanos, habia de faltar á los traspillados? Poco estómago teneis: verdad es, dixé, pero temo tener aun ménos, y nada en él. Estando en esto dió un relox las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenia hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo, y dixé: Hermano, este del hambre es recio noviciado, estaba hecho el hombre á comer mas que un sabañon, y hanme metido á vigiliass: si vos no la teneis, no es mucho, que criado con hambre desde niño (como el otro Rey con parbona) os sustentéis ya con ella: no os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así yo determino hacer la que pudiere. Cuerpo de Dios (replicó) con vos! pues dan ahora las doce, y tanta priesa? Teneis muy puntuales ganas, y han ménester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas; no sino comer todo el dia, qué mas hacen los animales? No se escribe, que jamás Caballero nuestro haya tenido cámaras, que antes de puro mal proveído no nos proveemos.

Ya os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa teneis, yo me voi á lo sopa de San Gerónimo, á donde hay aquellos Frailes de leche, como capones, y allí haré el buche, si vos que-reis seguirme, venid, y si no á sus aventuras cada uno. A Dios, dixé yo, que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros, cada uno eche por su calle. Mi amigo iba pisando tieso, y mirándose á los pies, sacó unas migajas de pan, que traía para el efecto siempre en una cazuela, y derramó-selas por la barba, y vestidos, de suerte, que parecia haber comido: yo iba tosiendo, y escarbando, por disimular mi flaqueza, limpiándome los vigotes, arrebozado, y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el Decenario, que lo era, por no tener mas de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido, y si fuera de piosos, no erraban. Iba yo confiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden, comer á su costa, quien vive de tripas horras en el mundo; ya iba determinado á quebrar el

el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un Pastelero , asomábase uno de á ocho tostado , y con el resuello del horno tropezóme en las narices , y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero ; puesto en él los ojos le miré con tanto ahinco , que se secó el pastel como un ahojado. Allí era de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle. Resolvíame otra vez á pagarlo. En esto dió la una , angustiéme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegon. Yo que iba haciendo punta á uno (Dios que lo quiso) tópo con un Licenciado Flechilla , amigo mio , que venia aldeando por la calle abaxo , con mas barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos , que parecia un chirrión: arremetió á mí en viéndome (y segun estaba , fué mucho conocerme) yo le abracé, preguntóme cómo estaba; díxele luego: Señor Licenciado , qué de cosas tengo que contarle ! Solo me pesa que me he de ir esta noche. Eso me pesa á mí , y si no fuera tarde , é ir con priesa á comer , me detuviera , porque
me

me aguarda una hermana casada, y su marido. ¿Qué aquí está mi señora Ana? Aunque lo dexé todo, vamos que quiero hacer lo que estoy obligado. Abrí los ojos en oyendo que no habia comido, fuí con él, y empecéle á contar, que una mugercilla (que él habia querido mucho en Alcalá) sabia yo donde estaba, que le podia dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el embíte, que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa, entramos, yo me ofrecí mucho á su cuñado, y hermana, ellos no persuadiéndose á otra cosa, sino á que yo venia con cuidado por venir á tal hora, comenzáron á decir, que si supieran que habian de tener tan buen huesped, que hubieran prevenido algo; yo cogí la ocasion, y convidéme, diciendo, que era de casa, y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse, y sentéme: y porque el otro lo llevase mejor, que ni me habia convidado, ni le pasaba por la imaginacion, de rato en rato le pegaba con la mozueta, diciendo, que me habia pre-
gun-

guntado por él, y que le tenia en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo qual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un colete. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con priesa tan fiera, que parecia, que aun entre los dientes no la tenia bien segura. Dios es mi Padre, que no come un cuerpo mas presto el monton de la Antigua de Valladolid (que le deshace en veinte y quatro horas) que yo despaché el ordinario, pues fué con mas priesa, que un extraordinario Correo. Ellos bien debian notar los fieros tragos del caldo, y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesos, y el destrozo de la carne. Y si va á decir la verdad, entre vuelta y juego, empedré la faltriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo, y el Licenciado á hablar de la ida en casa de la dicha, la qual le facilité mucho, y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dixé: ¿A mí, Señor? Y á baxo. Pedíle li-
cen-

cencia, diciendo que luego volvería, quedóme aguardando hasta hoy, que me desaparecí, por lo del pan comido, y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes, que no importan para el caso. Fuime por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los Mercaderes: quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja, y pagecillo. Preguntaron si habia algun terciopelo de labor extraordinaria, yo empecé luego (para trabar conversacion) á jugar del vocablo del terció, y pelado, y pelo, y apelo, y por peli, y no dexé hueso sano á la razon. Sentí que les habia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda, y como quien aventuraba á no perder nada, ofreciles lo que quisiesen. Regatearon, diciendo, que no tomaban de quien no conocian. Yome aproveché de la ocasion diciendo, que habia sido atrevimiento ofrecerlas nada; pero que me hiciesen

merced de aceptar unas telas , que me habian traído de Milán , que á la noche llevaria un page , que les dixé que era mio , por estar en frente aguardando á su amo , que estaba en otra tienda , por lo qual estaba descaperuzado. Yo para que me tuviesen por hombre de partes , y conocido , no hacia sino quitar el sombrero á todos los Oidores , y Caballeros que pasaban ; y sin conocer á ninguno , les hacia cortesia , como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto , y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía , con achaque de dar limosna á un pobre , que me la pidió , que yo era un gran Caballero. Parecióles irse , por ser ya tarde ; y así me pidieron licencia , advirtiéndome con el secreto , que habia de ir el page. Yo las pedí por favor , y como en gracia , un Rosario engarzado en oro que llevaba la mas bonita de ellas , en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele , yo les ofrecí en prenda los cien escudos , y dixéronme su casa : y con intento de estafarme en mas , se fiaron

ron de mí , y preguntáronme la posada , diciéndome que no podia entrar page en la suya á todas horas , por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor , y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor , y mas grande me pareció , que tenia un coche sin caballos á la puerta. Díxeles , que aquella era , y que allí estaba ella , el coche , y dueño para servir las. Nombréme Don Alvaro de Córdoba , y entréme por la puerta delante de sus ojos : y acuérdome , que quando salimos de la tienda , llamé uno de los pages (con grande autoridad) con la mano , é hice que le decia que se quedasen todos y que me aguardasen allí ; y es verdad , que le pregunté si era criado del Comendador mi tio ? Dixo que no : y con tanto acomodé los criados agenos como buen Caballero. Llegó la noche obscura , y acogímonos á casa todos : entré , y hallé al Soldado de los trapos , con una hacha de cera , que le dieron para que acompañase á un difunto , y se vino con ella : llamábase éste Magazo , que era natural de Olias. Habia sido

Capitan en una Comedia, y se habia convatido con Moros en una danza. Quando hablaba con los de Flandes, decia que habia estado en la China, y á los de China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él. Nombraba Castillos, y apenas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del Señor Don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quixada, que habia sido honrado amigo. Nombraba Turcos, Galeones, y Capitanes, todos los que habia leído en unas coplas que andaban de esto: Y como él no sabia nada de mar, porque no tenia nada de naval, mas de comer navos, dixo contando la batalla que habia tenido el Sr. Don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un Moro muy bravo. Como no sabia el pobrete, que era nombre del mar pasábamoss con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices, y toda la cabeza entrapajada, y lleno de sangre, y muy sucio. Preguntámosle la causa, dixo, que habia ido á la sopa de San Gerónimo, y que pidió porcion do-

doblada, diciendo, que era para unas personas honradas, y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dársela, y ellos con el enojo siguiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar, por engullir, y quitar á otros, para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos chichones, y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con dos jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con mas priesa, que convenia. Quitáronle la espada; á las voces salió el Portero, y aun no los podia meter en paz. En fin se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia: Yo volveré lo que he comido; y aun no bastaba, porque ya no reparaban, sino en que pedia para otros, y no se preciaba de sopon. Miren el todo trapos, como muñeca de niños, mas triste que Pasteleria en Quaresma, con mas agujeros que una flauta, y mas remiendos que una pia, y mas manchas que un jas-

pe , y mas puntos , que un libro de Música , (decia un Estudianton , de estos de la capacha , gorrónazo) que hay hombre en la sopa del bendito Santo , que puede ser Obispo , ú otra qualquiera Dignidad , y se afrenta un Don Peluche de comer : graduado soy de Bachiller en Artes por Sigüenza. Metióse el Portero de por medio , viendo que un vejezuelo que alli estaba , decia que aunque acudia al bodrio , era descendiente del gran Capitan , y que tenia deudos. Aquí lo dexó , porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los huesos.

CAPITULO XVI.

En que prosigue la misma materia hasta dar con todos en la carcel.

Entró Merlo Diaz , hecha la pretina una sarta de búcaros , y vidrios : los quales pidiendo de beber en los tornos de las Monjas , habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja Don Lorenzo del Pedroso , el qual entró

tró con una capa muy buena: la qual habia trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubria pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras: y luego (como que no hacia partido) iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecia, y salia. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fue nada para ver entrar á Don Cosme cercado de muchachos con lamparones, cancer, y lepra, heridos y mancos, el qual se habia hecho ensalmador, con unas santiguaderas, y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba éste por todos, porque si el que venia á curarse no traia bulto debaxo de la capa, no sonaba dinero en la faltriquera, ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio Reyno; hacia creer quanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir: tanto, que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del Niño Jesus; entraba en las casas con Deo gracias; y decia lo del Espíritu Santo sea con todos: traia todo

ajuar de hipócritas, un Rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacia que se le viese por debaxo de la capa un trozo de disciplina, salpicado con sangre de narices; hacia creer (concomiéndose) que los piojos eran silicios, y que la hambre canina era ayuno voluntario. Contaba tentaciones. En nombrando al demonio, decia: Dios nos libre, y nos guarde. Besaba la tierra al entrar en la Iglesia. Llamábase indigno: no levantaba los ojos á las mugeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traía al Pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo; porque á mas de ser jugador, era cierto (así se llamaba por mal nombre) Fullero. Juraba el Nombre de Dios, unas veces en vano, y otras en vacío; pues en lo que toca á mugeres, tenia sus hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los Mandamientos de Dios, los que no quebraba, vendia. Vino Folanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza, y campanilla. Andaba de noche de esta suerte, diciendo: *Acor-*
daos

daos de la muerte , y haced bien á las Almas &c. Con esto cogia mucha limosna , y entrábase en las casas que veia abiertas , y si no habia testigos , ni estorbo , robaba quanto topaba ; si los hallaba , tocaba la campanilla , y decia (con una voz que él fingia muy penitente): *Acordaos , hermanos , &c.* Todas estas trazas de hurtar , y modos extraordinarios , conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos ahora á que les enseñé el Rosario , y conté el cuento. Celebraron mucho la traza , y recibióle la vieja por su cuenta , y razon , para venderle: la qual se iba por las casas , diciendo , que era de una doncella pobre , y que se deshacia de él para comer , y ya tenia para cada cosa su embuste y su traza. Lloraba la vieja á cada paso , enclavijaba las manos , y suspiraba de lo amargo. Llamaba hijos á todos: traía (encima de muy buena camisa , jubon , ropa , saya , y manteo) un saco de sayal roto , de un amigo Hermitaño , que tenia en las cuevas de Alcalá. Esta gobernaba el hato , aconsejaba , y encubria. Quiso , pues , el diablo (que nunca está

ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa, y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya: traxo un Alguacil, y agarrándome á la vieja, que se llamaba la Madre Lebrusca, y confesó luego todo el caso, y dixo como viviamos todos, y que éramos Caballeros de rapiña. Dexóla el Alguacil en la carcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros, y á mí con ellos. Traia media docena de corchetes (verdugos de á pie) y dió con todo el Colegio Buscon en la carcel, adonde se vió en gran peligro la Caballeria.

CAPITULO XVII.

En que se describe la carcel, y lo que sucedió en ella, hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en fiado.

A cada uno en entrando nos echaron dos pares de grillos, y subieronnos á un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traia con-
mi-

migo: sacando un doblon, dixé al Carcelero: Señor, oigame Vmd. en secreto; y para que lo hiciese, dile un escudo como cara, y en viéndolo, me apartó. Suplícóle á Vmd. le dixé, que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y quatro, diciendo: Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, baxará al cepo. Yo conocí la desecha, y respondíle humilde. Dexóme fuera, y á los amigos descolgaronles abaxo. Dexo de contar la risa tan grande que en la carcel, y por las calles habia con nosotros; porque como nos traían atados, y á empellones, unos sin capa, y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pias remendados, y otros aloques de tinto, y blanco. Aquel, por asirse de alguna parte segura (por estar todo tan manido) le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, segun las tenia roidas la hambre. Otros iban dexando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas, y gregues-

cos. Al quitar la soga en que venian ensartados, se salian pegados los andrajos. Al fin, yo fui (llegada la noche) á dormir en la sala de los linages. Diéronme mi camilla; era de ver dormir algunos embaynados, sin quitarse nada de lo que traian de dia: otros desnudarse de un golpe todo quanto traian encima, quales jugaban: y al fin se mató la luz. Olvidamos todos los grillos: estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacian sino venir presos, y soltar presos. Yo que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á turbarme; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenia las narices en la cama. Unos traian cámaras, y otros aposentos. Al fin, yo me vi forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de Adelantado, que es mejor serlo de un cachete, que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. El por levantarse apriesa, le derramó, y al rui-

ruido despertó el concurso. Asabámonos allí á pretinazos á escuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos, y el Alcayde, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su quadrilla. Abrió la sala, entró luz, é informóse del caso. Condenáronme todos, y yo me disculpaba con decir que en toda la noche no me habian dexado cerrar los ojos, á puro abrir los suyos. El Carcelero, pareciéndole, que por no dexarme zabullir en el horado le daría otro doblon, asió del caso, y mandóme baxar allá. Determinéme á consentir antes que á pellizcar el talego mas de lo que estaba. Fui llevado abaxo, donde me recibieron con mucha albórbora, y placer los camaradas, y amigos. Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salímonos del calabozo. Vímonos las carras, y lo primero que nos fue notificado, fue dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla) só pena de culebrazo fino. Yo dí luego seis reales: mis compañeros no tenían que dar, y así que-

quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas, y de azotes en ellas; traía mas hierro que Vizcaya, dos pares de grillos, y una cadena de portada. Llamábanle el Jayan, decia que estaba preso por cosas de ayre: y así sospeché yo que era por algunos fuelles, chirimias, ó abanillos. Y á los que le preguntaban, si era por algo de esto: Respondia que no, sino por pecados de atras, yo pensé que por cosas viejas queria decir, y al fin averigué, que por puto: Quando el Alcayde le reñia por alguna travesura, le llamaba botiller de verdugo, y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba, diciendo: ¿Qué te arriesgas pobrete con el que te ha de hacer humo? Dios es Dios que te vendimie de camino. Habia confesado esto, y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas las traseras, como mastines, y no habia quien osase ventosear, de miedo de acordarle donde tenían las asentaderas. Este hacia amistad con otro, que llamaban Robledo, y por otro nombre el

el trepado. Decía que estaba preso por liberalidades: y apurado eran de manos, en pescar lo que topaba. Había sido mas azotado que postillon, porque todos los verdugos habían probado la mano en él. La cara tenía con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenía nones las orejas, y pegadas las narices, aunque no tambien como la cuchillada, que se las partía. A estos se llegaban otros quatro hombres (rapantes como Leones de armas) todos agrillados, y condenados al hermano de Rómulo. Decían ellos, que presto podrian decir que habían servido á su Rey por mar y por tierra. No se podia creer la notable alegría con que aguardaban su despacho. Todos mohinos (de ver, que mis compañeros no contribuían) ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una soga dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados á la postera faltriquera de la casa; mataron la luz, y yo metíme luego debaxo la tarima. Empezaron á silvar dos de ellos, y otro á dar sollozos. Los buenos Caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apreta-

taron de manera las carnes (ayunas, cenadas, comidas, y almorzadas desarna, y piojos) que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos, ó chinches en cama: sonaban los golpes en la tabla, callaban los dichos. Los bellacos viendo que no se quexaban, dexaron el dar azotes, y empezaron á tirar ladrillos, piedras, y cascote, que tenian recogido. Allí fue ella, que uno le halló el cogote á Don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces, que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus ahullidos, cantaban todos juntos, y hacian ruido con las prisiones. El, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fue el ver como con la fuerza que hacian, sonaban los huesos, como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pie; menudeaban tanto las piedras, y cascotes, que dentro de poco tiempo tenia el dicho Don Toribio mas golpes en la cabeza, que una ropilla abierta, y no hallando ningun remedio

con

contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir martir (sin tener cosa de santidad, ni aun de bondad) dixo que le dexasen salir, que él pagaria luego, y daria sus vestidos en prendas. Consintieronlo, y á pesar de los otros, que se defendian con él, descalabrado, y como pudo, se levantó, y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenian las chollas con mas texas, que pelos. Ofrecieron para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos, que por heridos, y así aquella noche los dexaron estar, y á la mañana les pidieron, que se desnudasen. Desnudáronse, y se halló, que de todos sus vestidos juntos no se podia hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo, envueltos en una manta; la qual era la que llamaban ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo, porque habia piojo con hambre canina; y otro, que con un bocado de uno de ellos quebraba ayuno de ocho dias. Habialos friso-

nes,

nes, y otros, que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos. Quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo, diciendo, que me perdonasen, si no les hacia mucha compañía, porque me importaba en no hacérsela. Torné á repasarle las manos al Carcelero con tres de á ocho; y sabiendo quien era el Escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metile en un aposento, y empecéle á decir (despues de haber tratado de la causa) como yo tenia no sé qué dinero: supliquéle me lo guardase, y en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un Hidalgo desgraciado, que por engaño habia incurrido en tal delito. Crea Vmd. dixo (despues de haber pescado la mosca) que en nosotros está todo el juego; y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Mas tengo yo en galeras de valde, por mi gusto, que hay letras en el Proceso. Fiese de mí, y crea, que le sacaré á paz, y á salvo. Fuese con esto,

y

y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego Garcia, el Alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del Relator, para ayuda de comerse cláusula entera. Dixo: un Relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al Alcalde divertido (que las mas veces lo están) hacer una accion, destruye un Christiano. Dime por entendido, y añadi otros cinquenta reales: Y en pago me dixo, que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro, que tenia de la frialdad de la carcel; y últimamente me dixo: Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que le dé al Alcalde, le aliviará, que esta es gente que no hace virtud, sino por interés. Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fue, y yo di al Carcelero un escudo, quitóme los grillos, dexabame entrar en su casa. Tenia una Ballena por muger, y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras. Sucedió que el Carcelero (que se llamaba tal Blandones de San Pablo, y la

la muger Doña Ana Moraez) vino á comer estando yo allí, muy enojado, y bufando; no quiso comer. La muger recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dixo: Qué ha de ser, si el bellaco ladron de Almendros el Aposentador me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no sois limpia? Tantas rabos me ha quitado el bellaco? (dixó ella) Por el siglo de mi abuelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas: Llamo yo á sus criados que me limpien? Y volviéndose á mí, dixo; Vale Dios que no me podrá decir Judia como él, que de quatro quartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedis de hebreo: A fé, señor Don Pablo, que si le oyera, que yo le acordara, que tiene las espaldas en el Aspa de San Andres. Entonces muy affligido el Alcayde, replicó: Ay muger! callé, porque dixo, que en esa teniades vos dos, ó tres madejas; que lo sucio no os lo dixo por lo puerco, sino por el no lo comer. Luego Judio di-

dixo que era? Y con esa paciencia lo decia? Buenos tiempos. Así sentis la honra de Doña Ana Moraez, hija de Esteban Rubio, y Juan de Madrid, que sabe Dios, y todo el mundo? Como hija (dixe yo) de Juan de Madrid? De Juan de Madrid (respondió ella) el de Auñon. Voto á N. que el bellaco que tal dixo, es un Judio, puto, y cornudo. Y volviéndome á ellas, dixen: Juan de Madrid, mi señor, que esté en el Cielo, fue primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quien es, y como, y esto me toca á mí; y si salgo de la carcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco: Executoria tengo en el Pueblo tocante á entrambos, con letras de oro. Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la Executoria; y ni yo la tenia, ni sabia quienes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo; y porque no me cogiese en mentira, hice que me salia de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo, que no se tratase ni pensase mas en ello. Yo de rato en rato salia muy al descuido, diciendo:

Juan de Madrid? Burlando es la probanza que yo tengo suya. Otras veces decia: Juan de Madrid el mayor, su padre de Juan de Madrid fue casado con Ana de Acevedo la gorda, y callaba otro poco. Al fin, con estas cosas el Alcayde me daba de comer, y cama en su casa; y el buen Escribano (solicitado de él, y cohechado con el dinero) lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregon este: A esta muger por ladrona. Llevábale el compás en las costillas el verdugo, segun lo que le habian recitado los Señores de los ropones. Seguian luego todos mis compañeros, en los overos de echar agua, sin sombrero, y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya defuera. Desteráronlos por seis años, yo salí en fiado, por virtud del Escribano, y el Relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedó, brincó razones, y mascó cláusulas enteras.

CAPITULO XVIII.

De como tomé posada, y la desgracia que en ella me sucedió.

Salí de la carcel, halléme solo, y sin los amigos (aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no los quise seguir). Determinéme de ir á una posada, donde hallé una moza rubia, y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida y á veces entresacada, y salida. Ceceaba un poco; tenia miedo á los ratones; preciábase de manos, y por enseñarlas, siempre despavilaba las velas; y partia la comida en la mesa. En la Iglesia siempre tenia puestas las manos; por las calles iba enseñando qué cosa era de uno, y qual de otro. En el estrado de continuo tenia un alfiler que prender en el tocado. Si se jugaba á algun juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos. Hacia que bostezaba adrede sin tener gana por mostrar los dientes, y hacer cruces en la

boca. Al fin toda la casa tenia ya tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenian trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fui el uno yo; el otro un Portugués, y un Catalán. Hiciéronme muy buena acogida: A mí no me pareció mal la moza para el deleyte; y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Dí en poner en ella los ojos; contábales cuentos, que yo tenia estudiados, para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de valde: Díxelas, que sabia encantamientos, y que era Nigromántico, y que haria que pareciese que se hundia la casa, y que se abrasaba; y otras cosas, que ellas (como buenas creedoras) tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada, que como no estaba tan bien vestido, como era razon (aunque yá me habia algo mejorado de ropa, por medio del Alcayde, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne, y pan que le comia) no hacian de mi el caso que era justo. Dí, para
acre-

acreditarme de rico, que lo disimulaba en enviar á mi casa amigos á buscarme, quando no estaba en ella. Entró uno primero, preguntando por el señor Don Ramiro de Guzman, (que así dixe que era mi nombre) porque los amigos me habian dicho, que no eran de costa el mudarse los nombres, antes muy util. Al fin preguntó por Don Ramiro, un hombre de negocios rico, que hizo ahora dos asientos con el Rey. Desconociéronme en esto las huéspedas, y respondieron, que allí no vivia sino un Don Ramiro de Guzman, mas roto, que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara, y pobre. Ese es (replicó) el que yo digo; y no quisiera mas renta, al servicio de Dios, que la que tiene de mas de dos mil ducados. Contóles otros embustes: quedáronse espantadas, y él las dexó una cédula de cambio fingida, que traía á cobrar en mí de nueve mil escudos: Díxoles, que me la diesen para que la aceptase, y fuese. Creyeron la riqueza la niña, y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulacion, y en entrando me dieron

la cédula , diciendo : Dineros , y amor mal se encubren (señor Don Ramiro) como que nos esconda Vmd. quien es , debiéndonos tanta voluntad ? Yo hice como que me habia disgustado por el dexar de la cédula , y fuime á mi aposento. Era de ver como creyendo que tenia dinero , me decian que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras ; no habia tal donaire como el mio. Yo , que las vi tan cebadas , declaré mi voluntad á la muchacha , y ella me oyó , contentísima , diciéndome mil lisonjas. Apartámonos , y una noche (para confirmarlas mas en mi riqueza) cerréme en mi aposento , que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado ; y sacando cinquenta escudos , los conté tantas veces , que oyeron contar seis mil escudos. Fue esto (de verme con tanto dinero para ellas) todo lo que podia desear ; porque se desvelaban por regalarme , y servirme. El Portugués se llamaba ó señor Vasco de Meneses , Caballero de la Cartilla , digo de Christus. Traia su capa de luto , botas , cuello pequeño , y mostachos grandes. Ardia por Doña Berengue-

guela de Rebolledo (que así se llamaba) enamorábala sentándose á conversacion, y suspirando mas que Beata en sermon de quaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntado con el Catalán, el qual era la criatura mas triste, y miserable, que Dios crió. Comia á tercianas de tres á tres dias, y el pan tan duro, que apenas le podia morder un maldiciente. Pretendia por lo bravo, y si no era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente; como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí: El Portugués decia, que era un piojoso, picaro desarrapado. El Catalán me trataba de cobarde, y vil; yo lo sabia todo, y á veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin, la moza me hablaba, y recibia mis villetes. Comenzaba por lo ordinario: Este atrevimiento, su mucha hermosura de Vmd. decia lo de me abraso; trataba de penar; ofreciame por esclavo; firmaba el corazon con la saeta. Al fin llegamos á los tues; y yo (para alimentar mas el crédito de mi calidad)

salime de casa: alquilé una mula, y arrebozado, y mudando la voz, vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo: Si vivia allí su merced el señor Don Ramiro de Guzmán, Señor del Valcerrado, y Vellorete. Aquí vive, respondió la niña, un Caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo; y por las señas, dixé yo que era él, y la supliqué, que le dixese que Diego de Solórzano, su Mayordomo, que fue de las Depositarias, pasaba á las cobranzas, y le habia venido á besar las manos. Con esto me fui, y volví á casa de allí á un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo: Que para qué les tenia escondido el ser Señor del Valcerrado, y Vellorete? Diéronme el recado; con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche, por un corredor, que caia á un texado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó, que venida la noche, y yo deseoso de gozar de la ocasion, me subí al corredor, y por pasar desde

de él al texado que habia de ser, vanseme los pies, y doy en el de un vecino Escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las texas, y quedaron estampadas en mis costillas; al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones, que son antojadizos de ellos los de este oficio, subieron al texado: Yo que vi esto, quíseme esconder detras de una chimenea, y fue aumentar la sospecha, porque el Escribano, y dos criados, y un hermano me molieron á palos, y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia: Mas ella se reia mucho, porque como yo la habia dicho que sabia hacer burlas, y encantamientos, pensó que habia caido por gracia, y nigromancia; y no hacia sino decirme, que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos, y puñadas que me dieron, daba ahullidos; y era lo bueno, que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir. Comenzó luego á hacer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera, dixo, y escribió, que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen.

Dixele, que era Don Ramiro de Guzman, y rióse mucho. Yo triste (que me habia visto moler á palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razon, y con mal nombre) no sabia que hacerme. Hincábame delante del Escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios; y ni por esas, ni por esotras bastaba con el Escribano á que me dexase. Todo esto pasaba en el texado, que los tales, aun de las texas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de baxarme abaxo, y lo hicieron por una ventana, que caia á una pieza que servia de cocina.

CAPITULO XIX.

En que prosigue lo mismo, con otros varios sucesos.

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el texado, sino en las fieras y crueles manos del Escribano; y quando me acordaba de lo de las ganzúas, que decia haberme hallado en la faltriguera, y las hojas que habia escrito en la causa,
eché

eché de ver, que no hay cosa que tanto crezca, como culpa en poder de Escribano. Pasé la noche en revolver trazas; unas ves me determinaba rogárselo por Jesu-Christo; y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevia. Mil veces me quise desatar; pero sentiame luego, y levantábase á visitarme los nudos, que mas velaba él en como forjaria el embuste, que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no habia otros levantados, sino él, y los testimonios. Agarró la correa, y volvióme á repasar muy bien las costillas, reprehendiéndome el mal vicio de hurtar, como quien tambien lo sabia. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes) quando incitados, y forzados de los amorosos ruegos de mi querida, que me habia visto caer, y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el Portugués, y el Catalán; y en viendo el Escribano, que me hablaban, desembaynando la pluma,

los

los quiso espetar al punto por cómplices en el proceso. El Portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabras, diciéndole: Que él era Caballero Fidalgo, de casa del Rey, y que yo era un home muyto Fidalgo, y que era bellaqueria tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el Escribano clamó con algazara: resistencia; y dos criados suyos (entre corchetes, y ganapanes) pisaron las capas, y deshiciéronse los cuellos (como lo suelen hacer, para representar las puñadas que no ha habido) y pedian favor al Rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el Escribano, que no habia quien le ayudase, dixo: Voto á tal, que eso no se puede hacer conmigo, y que á no ser Vuestas mercedes quien son, les podria costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver, que les sirvo sin interés: Yo ví luego la letra, saqué ocho reales, y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me habia dado; por no confesar que los habia recibido, lo dexé, y me fui con ellos, dándoles las gracias de mi libertad, y rescate, con la cara ro-

zada de puros moxicones , y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reia-se el Catalán mucho , y decia á la niña , que se casase conmigo para volverle el refran al rebés , que no fuese tras cornudo apaleado , sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto , y sacudido , por los palos ; traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos trataba luego de varear , otras veces de leña , y madera. Yo , que me ví corrido , y afrentado , y que me iban dando en la flor de lo rico , comencé á tratar de salirme de casa ; y para no pagar comida , cama , ni posada , que montaba algunos reales , y sacar mi hato libre , traté con un Licenciado Brandalagas , natural de Hornillos , y con otros dos amigos suyos , que me viniesen una noche á prender: Llegaron la señalada , y requirieron á la huéspeda , que venian de parte del Santo Oficio , y que convenia secreto. Temblaron todos , por lo yo que me habia hecho Nigromántico con ellas. Al sacarme á mí , callaron ; pero al ver sacar el hato , pidieron embargo por la deuda ; respon-

die.

dieron , que eran bienes de la Inquisicion ; con esto no chistó alma terrena. Dexáronlos salir , y quedaron diciendo, que siempre lo temieron. Contaban al Catalán , y al Pertugués lo de aquellos que me venian á buscar , y que eran demonios , y que yo tenia familiar ; y quando les contaba del dinero que yo habia contado , decian , que parecia dinero ; pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa , y comida horra. Dí traza con los que me ayudaron , de mudar de hábito, y ponerme calza de obra , y vestido al uso , y cuellos grandes , y un lacayo en menudos , dos lacayuelos , que entonces era uso. Animáronme á ello , poniéndome por delante el provecho , que se me seguiria de casarme con la ostentacion , á título de rico , y que era cosa que sucedia muchas veces en la Corte ; y aun añadieron , que ellos me encaminarian á parte conveniente , y que me estuviese bien , y con algun arcaduz por donde se siguiese. Yo negro codicioso de pescar muger , determinéme. Visité no sé quantas almonedas , y compré mi adere-

rezo de casar : supe donde se alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer dia, y no hallé lacayo. Salíme á la calle mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos Caballeros, cada qual en su caballo; preguntáronme, si concertaba uno de plata que tenia en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesias los detuve un rato. En fin dixeron, que se querian ir al prado á bureo; y yo (que si no lo tenian á enfado) que los acompañaria: Dexé dicho al Mercader, que si venian alli mis pages, y un lacayo, que los encaminase al prado: Di señas de la librea, metíme entre los dos, y caminamos. Yo iba considerando, que á nadie que nos veia era posible el determinar, y juzgar cuyos eran los pages, y lacayos, ni qual era el que no los llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo, que tenia porcelana. Encarecíles mucho el Roldanesco, que esperaba, que me habian de traer de Córdoba. En topando algun page, caballo, ó lacayo, les hacia parar, y les pre-
gun-

guntaba, cuyo era, y tambien decia de las señales, y si le querian vender. Haciale dar dos vueltas en la calle, y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decia lo que habia de hacer para remediarla; quiso mi ventura, que topé muchas ocasiones de hacer esto: Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer, diciendo, quien será este tagarote escuderon, porque el uno llevaban un Hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes (que era Hábito y Encomienda todo junto) dixé yo, que andaba en busca de buenos caballos para mí, y otro primo mio, que entrábamos en unas fiestas. Llegamos al prado, y en entrando saqué el pie del estrivo, y puse el talon por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano, Mirábanme todos, qual decia: Este yo le he visto á pie; otro, lindo vá el buscon. Yo hacía como que no oía nada, y paseábame. Llegáronse á un coche de Damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dexéles la parte de
las

las mozas , y tomé el estrivo de madre , y tia. Eran las vejezuelas alegres , la una de cincuenta , y la otra punto menos. Díxelas mil ternezas , y oíanme , que no hay muger , por vieja que sea , (que tenga tantos años como presuncion.) Prometílas regalos , y preguntélas del estado de aquellas Señoras , y respondieron , que doncellas , y se les echaba de ver en la plática. Yo dixelo ordinario , que las viesen colocadas como merecian , y agradóles mucho la palabra colocadas. Preguntáronme tras esto , ¿qué en qué me entretenia en la Corte ? Yo les dixelo , que en un huir de un padre , y madre , que me querian casar contra mi voluntad , con muger fea , necia , y mal nacida , por el mucho dote. Y yo , señoras , quiero mas una muger limpia en cueros , que una Judia poderosa , que (por la bondad de Dios) mi mayorazgo vale al pie de quarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleyto que traigo en buenos puntos , no habré menester nada. Saltó tan presto la tia , ¡ay señor , y como le quiero bien ! no se case sino con su gusto ,

y muger de casta, que le prometo, que con no ser yo muy rica, no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos) por no ser de calidad. Ella pobre es, pues no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre. Eso creo yo muy bien (dixe yo). En esto las doncellitas remataron la conversacion con pedir algo de merendar á mis amigos. Mirábase el uno al otro, y á todos tiembla la barba. Yo, que ví ocasion, dixi que echaba menos mis pages, por no tener con quien enviar á casa por unas caxas, que tenia. Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen á la casa del Campo al otro dia, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luego; dixéronme su casa, y preguntáron la mia; y con esto se apartó el coche, yo, y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar (aunque poco) y cené con ellos, haciendo baxar á buscar mis criados, y jurando de echarlos

los de casa. Dieron las diez, y yo dixé, que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuíme, quedando concertado de vernos á la tarde del otro dia en la Casa del Campo. Fuí á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso, y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella: Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso, que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que habia de hacer con el dote; y lo que mas me tenia en duda era el hacer de él una casa, ó darlo á censo, que no sabia yo que seria mejor, y de mas provecho para mí.

CAPITULO XX.

En que se prosigue el cuento, con otros sucesos, y desgracias notables.

Amaneció, y despertamos á dar traza en los criados, plata, y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en man-

darlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándosele á un repostero de un Señor, me dió plata, y la sirvió él, y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenia alquilado un caballero. Tomé el camino á la hora señalada, para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomándose unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas, y los Caballeros, y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos, llamándome de vos, en señal de familiaridad. Habia dicho que me llamaba Don Felipe Tristan; y en todo el dia no habia otra cosa, sino Don Felipe acá, y Don Felipe allá. Yo comencé á decir, que me habia visto tan ocupado con negocios de su Magestad, y cuentas de mi mayorazgo, que habia temido el no poder cumplir; y que así les apercibia á merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata, y mozos; los otros, y ellas no hacian sino mirarme, y callar. Mandéle que fue-

fuese al cenador , y que aderezase allí , que entretanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos , y holguéme de ver descubiertas las niñas , porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenia asestado mi matrimonio : blanca , rubia , colorada , boca pequeña , dientes menudos , y espesos , buena nariz , ojos rasgados , y verdes ; alta de cuerpo , lindas manazas , y zazositas. La otra no era mala , pero tenia mas desenvoltura , y dábame sospechas de hocihada. Fuimos á los estanques , vímoslo todo , y en el discurso conocí , que la mi desposada corria peligro en tiempo de Herodes por inocente ; no sabia hablar , pero como yo no quiero á las mugeres para consejeras , ni bufonas , sino para acostarme con ellas ; y si son feas y discretas , es lo mismo que acostarse con Aristóteles , ó Séneca , ó con un libro ; procuro las de buenas partes , para el arte de las ofensas : esto me consoló. Llegamos cerca del cenador , y al pasar de una enramada prendióseme en un arbol la guarni-

cion del cuello , y desgarróseme un poco. Llegó la niña , y prendiómela con un alfiler de plata , y dixo la madre , que enviase el cuello á su casa al otro día , que allá le aderezaria Doña Ana , que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo , mucho que merendar , caliente , y fiambre , frutas , y dulces. Levantaron los manteles ; y estando en esto ví venir un Caballero con dos criados por la huerta adelante ; y quando menos me cato , conozco á mi buen Don Diego Coronel. Acercóse á mí , y como estaba en aquel hábito , no hacia sino mirarme. Habló á las mugeres , y tratólas de primas , y á todo esto no hacia sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero ; y los otros dos , que eran sus amigos , estaban en gran conversacion con él. Preguntóles (segun se echó de ver despues) mi nombre , y ellos dixeron : Don Felipe Tristan , un Caballero muy honrado , y rico : Veíame , y santiguábase. Al fin , delante de ellas y de todos , se llegó á mí , y dixo : Vmd. me perdone , que por Dios que le tenia , hasta que supe
su

su nombre, por bien diferente de lo que es, que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un Barbero del mismo lugar. Rieronse todos mucho, y yo me esforcé, para que no me desmintiese la color, y dixé, que tenia deseo de ver aquel hombre, por que me habian dicho infinitos, que le era parecidísimo. Jesus! (hacia el D. Diego) ¿como parecido? El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiracion grande, y que no he visto cosa tan parecida. Entonces las viejas, tia, y madre dixeron, ¿que como era posible que un Caballero tan principal se pareciese á un picarón tan baxo como aquel? Y (por que no se sospechase nada de ellas) dixo la una: Yo le conozco muy bien al señor Don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña. Yo entendí la letra, y dixé, que mi voluntad era, y seria servir las con mi poca posibilidad en todas partes. El Don Diego se me ofreció, y pidió perdon del agravio que me habia hecho,

en tenerme por el hijo del Barbero; y añadía: No lo creerá Vmd. su madre era hechicera, su padre ladrón, y su tío verdugo, y él el mas ruin hombre, y el mas mal inclinado, que Dios tiene en el mundo. ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba (aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratábamos de venirnos al Lugar; yo, y los otros dos nos despedimos, y Don Diego se entró con ellas en el coche: Preguntólas, que qué era la merienda, y el estar conmigo. Y la madre, y tia dixerón, como yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me queria casar con Anica, que se informase, y veria era cosa, no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linage. En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á S. Felipe. Nostros nos fuimos á casa juntos, como la otra noche: pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme, yo entendiles la flor, y sentéme. Sacaron naypes (eran hechizos como pasteles) perdí una mano, di enirme por abaxo, y ganéles casi de tres-

cien-

cientos reales , y con tanto me despedí, y vine á mi casa. Topé á mis compañeros, Licenciado Brandalagas, y Pedro Lopez, los quales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes: en viéndome lo dexaron, por preguntarme lo que me habia sucedido: no les dixé mas de que me habia visto en grande aprieto. Contéles como me habia topado con Don Diego, y lo que me habia sucedido: consoláronme, aconsejando que disimulase, y no desistiese de la pretension por ningun camino. En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino Boticario, juego de parar: entendialo yo entonces razonablemente, porque tenia mas flores, que un Mayo, y barajas hechas lindas; determinamos de ir á darles un muerto (que así llaman al enterar una bolsa) envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dixeron: Si gustarian de jugar con un Frayle Benito, que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venia enfermo, y traia mucho de real de á ocho, y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron, venga el Frayle en-

ho-

hora buena. Es hombre muy grave en la Orden (replicó Pedro Lopez) y como ha salido se quiere entretener, que él mas lo hace por la conversacion: Venga, y sea por lo que fuere. Por el recato, dixo Brandalagas. No hay tratar de mas, respondió el huesped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y creida la mentira. Vinieron los Acólitos; ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de Frayle Benito (que en cierta ocasion vino á mi poder) unos antojos, y la barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego; ellos levantaban bien, é iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres; porque yo, que sabia mas que ellos, les dí tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé mas de mil y trescientos reales. Di barato, y con mi loado sea el Señor, me despedí, encargándoles, que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento, y no otra cosa. Los otros (que habian perdido quanto tenian) dábanse á mil diablos; despedíme, y salimos fuera. Venimos á casa á la una

y media, y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consoléme con esto en algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno, en lo qual conocí que habia otros muchos como yo. Pues andar á pie parecia mal. y mas entonces. Fuime á San Felipe, y topéme con un lacayo de un Letrado, que tenia un caballo, y le aguardaba, que se habia acabado de apearse á oír Misa, metile quatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la Iglesia, me dexase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió, subí en él, y dí dos vueltas calle arriba y calle abaxo, sin ver nada, y al dar la tercera, asomóse Doña Ana. Yo que la vi, y no sabia las mañas del caballo, ni era buen ginete, quise hacer galanterias, dile dos varazos, tiréle de la rienda; empinase, y tirando dos coces, aprieta á correr, y dá conmigo por las orejas en un charco. Yo que me ví así, rodeado de niños, que se habian llegado (y delante de mi dama) empecé á decir

cir: O hi de puta, no fuérades vos Valenzuela! estas temeridades me han de acabar: Habíame dicho las mañas, y quise porfiar con él: traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné á subir, y al ruido se habia asomado D. Diego Coronel (que vivia en la misma casa de sus primas) yo que le vi me demudé. Preguntóme si habia sido algo: Dixe que no, aunque tenia estropeada una pierna: dábame el lacayo priesa, que no saliese su amo, y lo viese, que habia de ir á Palacio. Yo soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detras el Letradillo; y conociendo su rocin, arremete al lacayo, y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces: Que que bellaqueria era dar su caballo á nadie; y lo peor fue, que volviéndose á mí, me dixo, que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama, y de Don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningun azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razon, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube
de

de apear. Subió el Letrado, y fuese, y yo por hacer la desecha quedé hablando desde la calle con Don Diego, y dixé: En mi vida subí en tan mala bestia: esta ahí mi caballo obero en S. Felipe, y es muy desbocado en la carrera, y troton: dixé como yo lo corria, y hacia parar; dixeron que allí estaba uno en que no lo haria (y era de este Licenciado), quise probarlo, no se puede creer, que duro es de caderas, y con tan mala silla, que fue milagro no matarme. Si fue, dixo Don Diego, ¿y con todo parece que se siente Vmd. de esa pierna? Si siento, dixé yo entonces; y me querria ir á tomar mi caballo, y á casa. La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima, y sentimiento (como se lo eché de ver) de mi caída, mas el Don Diego cobró mala sospecha de lo del Letrado, y lo que habia pasado en la calle: y fue totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron; y la mayor, y fundamento de las otras, fue, que quando llegué á casa, y fui á ver una arca, adonde tenia en una maleta

todo el dinero, que me habia quedado de mi herencia, y de lo ganado al juego, menos cien reales que yo traía conmigo, hallé que el buen Licenciado Brandalagas, y Pedro Lopez habian cargado con ello, y no parecian. Quedé como muerto, sin saber que consejo tomar de mi remedio. Decia entre mí: Mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se va como se viene! Triste de mí! qué haré? No sabia si ir á buscarlos, si dar parte á la Justicia: esto no me parecia bien; porque si los prendian, habian de achacar lo del hábito, y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabia por donde. Al fin por no perder tambien el casamiento (que ya yo me consideraba remediado con el dote) determiné de quedarme, y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballico, y fuime ácia la calle de mi dama; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina antes de entrar, á que pasase algun hombre que lo pareciese, y en pasando, partia detras de él, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de

de la calle , metiame detras , hasta que volviese otro , que lo pareciese , y asi daba otra vuelta. Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo picaro , que sospechaba Don Diego , ó si fue la sospecha del caballo , y lacayo del Letrado , ó qué se fue , que él se puso á inquirir quien era , y de que vivia , y me espiaba. En fin , tanto hizo , que por el mas extraordinario camino del mundo supo la verdad , porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente , y él acosado de ellas , que tenian gana de acabarlo , andando en mi busca , topó con el Licenciado Flechilla (que fue el que me convidó á comer , quando yo estaba con los Caballeros); y este , enojado de que yo no le habia vuelto á ver , hablando con Don Diego , y sabiendo como habia sido su criado , le dixo de la suerte que me encontró , quando me llevó á comer , y que no habia dos dias que me habia topado á caballo muy bien puesto , y le habia contado como me casaba riquísimamente. No aguardó mas Don Diego ; y volviéndose á su casa , encontró con
los

los dos Caballeros del Hábito, y la Cadena, amigos míos, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y díxoles, que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle, me magullasen los cascos, y que me conocieran en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y entrando en la calle, topáronme, y disimuláronse de suerte los tres, que jamas pensé que eran tan amigos míos, como entonces. Estuvimos en conversacion tratando de lo que seria bien hacer á la noche, hasta el Ave Maria: entonces despidiéndose los dos echaron ácia abaxo, y yo y Don Diego quedamos solos, y echamos á S. Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz, dixo Don Diego: Por vida de Don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aqui, y que no me conozcan; sea enhorabuena, dixé yo: tomé la suya inocentemente, y dile la mia en mala, ofrecíle mi persona, para hacerle espaldas; mas él (que tenia trazado el deshacerme las mias) dixo, que le importaba ir solo, que me fuese. No bien me aparté

té de él con su capa , quando ordena el diablo , que dos que le aguardaban para cintarearlo por una mugercilla , entendiendo por la capa que yo era D. Diego , levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí: dí voces , y en ellas , y la cara conocieron que no era yo; huyeron , y quedéme en la calle con los cintarazos : disimulé tres , ó quatro chichones que tenia , y detúveme un rato , que no osé entrar en la calle de miedo. En fin á las doce , que era la hora , que solia hablar á mi dama , llegué á la puerta , y emparejando , cierra conmigo uno de los dos (que me aguardaban por Don Diego) y con un garrote dame dos palos en las piernas , y derríbame en el suelo , y llega el otro , y dame un trasquilon de oreja á oreja , quítanme la capa , y déxanme en el suelo , diciendo: Así pagan los pícaros embusteros mal nacidos. Comencé á dar gritos , y á Pedir confesion; y como no sabia lo que era , aunque sospechaba por las palabras , que acaso era el huesped de quien me habia salido con la traza de la Inquisicion , ó el carcelero bur-

lado , ó mis compañeros huidos ; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada , que no sabia á quien echársela ; pero nunca sospeché en Don Diego , ni en lo que era. Daba voces , á los capeadores , y á ellas vino la Justicia : levantáronme , y viendo mi cara con una zanja de un palmo , y sin capa , ni saber lo que era , asiéronme para llevarme á curar , metiéronme en casa de un Barbero , curóme , preguntáronme donde vivia y lleváronme allá : acostéme , y quedé aquella noche confuso , y pensativo , viendo mi cara partida en dos pedazos , magullado el cuerpo , y tan lisiadas las piernas de los palos , que no me podia tener en ellas , ni las sentia. Yo quedé herido , robado , y de manera , que ni podia seguir á los amigos , ni tratar del casamiento , ni estar en la Corte , ni ir fuera.

CAPITULO XXI.

De mi cura, y otros sucesos peregrinos.

He aquí á la mañana amanece á mi cabecera la huéspedea de casa, vieja de bien, edad de Marzo cincuenta y cinco, con su Rosario grande, y su cara hecha un orejon, ó cáscara de nuez, según estaba arada. Tenia buena fama en el lugar, y echábase á dormir con ella, y con quantos querian; templaba gustos, y careaba placeres; llamábase tal de la Guía; alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver como ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero, quales cosas habia de descubrir de su cara: á la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames: á la de buenos manos, se las enseñaba á esgrimir: á la rubia un banboleo de cabellos, y un asomo de guedejas por el manto, y la toca: á buenos ojos, lindos bayles

con las niñas ; y adormidillos , cerrándolos ; y á elevaciones , mirando arriba. Pues tratada en materia de afeytes: cuervos entraban , y les corregia las caras , que al entrar en sus casas , de puro blancas no las conocian sus maridos ; y en lo que ella era mas extremada , era en remendar virgos , y adobar doncellas. En solos ocho dias , que yo estuve en su casa , la ví hacer todo esto ; y para remate de lo que era enseñaba á pelar , y á las mugeres refranes , que dixesen. Allí les decia como habian de engarzar la joya , las niñas por gracia , las mozas por deuda , y las viejas por respeto , y obligacion. Enseñaba pediduras para dinero seco , y pediduras para cadenas , y sortijas. Citaba á la Vidaña , su concurrente en Alcalá , y á la Planosa en Burgos , mugeres de todo embuste. Esto he dicho , para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine , y se ponderen mejor las razones , que me dixo , y empezó por estas palabras (que siempre hablaba por refranes) de do sacan , y no ponen (hijo D. Felipe) presto llegan

gan al hondo, de tales polvos, tales lodos, de tales bodas, tales tortas: yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir, mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar, que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como monton de tierra te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí, que has desperdiciado mucha hacienda, sin saber como; y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya Caballero, y todo por las compañías? Díme con quien andas, hijo, y diréte quien eres, cada oveja con su pareja; sábetete (hijo) que de la mano á la boca, se pierde la sopa. Anda bobillo, que si te inquietan mugeres, bien sabes tú que yo soy fiel perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas; así que enseño como que pongo, quedámonos con ellas en la casa, y no ándarte con un pícaro, y otro pícaro, tras una alcorzada, y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro, que hubieras ahorrado muchos ducados, si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por

mis entenados, y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun los que me debes de la posada no te los pidiera ahora á no haberlos menester, para unas candelicas, y yerbas (que trataba en botes sin ser Boticario, y si la untaban las manos, se untaba, y salia de noche por la puerta del humo). Yo que ví que habia acabado la plática, y sermon en pedirme, que con ser su tema acabó en él, y no comenzó como todos lo hacen: no me espanté de la visita, que no me la habia hecho otra vez mientras habia sido su huesped, sino fue un dia que me vino á dar satisfacciones, de que habia oído, que me habian dicho no sé qué de hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle, y casa. Vínome á desengañar, y á decir que era otra Guia. Y no es de espantar, que con tales guias vamos todos descaminados. Yo la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo que se acuerda de mí, trazó, que la vinieron á prender por amancebada, y sabian que estaba el amigo en casa, entraron,

en mi aposento , y como me vieron en la cama , y ella conmigo , cerraron conmigo y con ella , y diéronme quatro , ó seis empellones muy grandes , y arrastráronme fuera de la cama ; á ella la tenían asida otros dos , tratándola de alcahueta , y bruja , ¡ Quién tal pensara de una muger , que hacia la vida referida ! A las voces que daba el Alguacil , y mis grandes quejas , el amigo , que era un frutero , que estaba en el aposento de adentro , dió á correr : ellos que lo vieron , y supieron (por lo que decia otro huesped de casa , que yo no lo era) arrancaron tras el pícaro ; asíéronle , y dexáronme á mí repelado , y apuñeteado , y con todo mi trabajo me reía de lo que los picarones decian á la vieja ; porque uno la miraba , y decia : Qué bien os estará una mitra , madre lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio. Otro : Ya tienen escogidas plumas los Señores Alcaldes , para que entreis bizarra. Al fin , traxeron al picaron , y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdon , y dexáronme solo. Yo quedé en algo aliviado,

de ver á mi buena huéspedada en el estado que tenia sus negocios , y así no me quedaba otro cuidado , sino el de levantarme á tiempo , que la tirase mi naranja , aunque (segun las cosas que contaba una criada que quedó en casa) yo desconfié de su prision ; porque me dixo no sé qué de volar , y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho dias , y apenas podia salir. Diéronme doce puntos en la cara , y hube de ponerme muletas. Halléme sin dinero , que los cien reales se consumieron en la cama , comida , y posada ; y así , por no hacer mas gasto , no teniendo dinero , determinéme de salir con dos muletas de la casa , y vender mi vestido , cuellos , y jubones , que era todo muy bueno. Hícelo , y compré con lo que me dieron un colete de cordovan viejo , y un jubonazo de estopa famoso , mi gaban de pobre remendado , y largo , mis polaynas , y zapatos grandes : la capilla del gaban en la cabeza , un Christo de bronce traía colgado del cuello , y un Rosario. Impúsome en la voz , y frases doloridas de
pe-

pedir un pobre, que entendia bien del arte; y así comencé luego á exercitarlo por las calles. Cosime sesenta reales que me sobraron en el jubon, y con esto me metí á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho dias por las calles ahullando en esta forma, con voz dolorida, y reclamamiento de plegarias: Dadle, buen Christiano, siervo del Señor, al pobre lisiado, y llagado, que me veo, y me deseo. Esto decia los dias de trabajo; pero los dias de Fiesta comenzaba con diferente voz, y decia: Fieles Christianos, y devotos del Señor: Por tan alta Princesa, como la Reyna de los Angeles, Madre de Dios, dadle limosna al pobre tullido, y lastimado de la mano del Señor. Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadia: un ayre corrupto en hora menguada, trabajando en una viña me trabó mis miembros; que me ví sano, y bueno, como se ven, y se vean, loado sea Dios. Venian con esto los ocharvos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganara mas, si no se me atravesara un moceton mal carado, manco de

de los brazos, y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carreton, y cogia mas limosna, con pedir mal criado. Decia con voz ronca, rematando en chillido: Acordaos, siervos de Jesu-Christo, del castigo del Señor por mis pecados: Dadle al pobre lo que Dios reciba. Y añadia: Por el buen Jesús, y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dixé mas Jesus, y quitábale la s, y movia á mas devocion. Al fin, yo mudé de frasecicas, y cogia moravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormia en un portal de un Cirujano, con un pobre de canton (uno de los mayores bellacos que Dios crió) estaba riquísimo, y era como nuestro Rector: ganaba mas que todos. Tenia una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecia que tenia hinchada la mano, y manca, y con calentura todo junto. Poniase echado boca arriba en su puesto, y con la potra de fuera, tan grande como una bola de puente, y decia: Miren la pobreza, y regalo, que hace el

el Señor al Christiano! Si pasaba muger, decia: Señora hermosa, sea Dios en su ánima, y las mas, porque las llamase así, le daban limosna, y pasaban por allí, aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un Soldadico: A señor Capitan! (decia), y si otro hombre qualquiera: A señor Caballero! Si iba alguno en coche, luego le llamaba Señoria. Y si Clérigo en mula, señor Arcediano: en fin él adulaba terriblemente. Tenia modo diferente para pedir los dias de los Santos, y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto con que en dos dias estuvimos ricos; y era, que este tal pobre tenia tres muchachos pequeños, que recogian limosna por las calles, y hurtaban lo que podian: Dabanle cuenta á él, y todo lo guardaba; iba á la parte con dos niños de caxeta, en las sangrias que hacian de ellas. Yo, con los consejos de tan buen maestro, y con las lecciones, que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme en menos de un mes con mas de

dos

doscientos reales horros; y ultimamente me declaró (con intento que nos fuésemos juntos) el mayor secreto, y la mas alta industria, que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos, y era que hurtábamos niños cada dia, entre los dos, quatro ó cinco, pregonábanlos, y saliamos nosotros á preguntar las señas; y deciamos: Por cierto, Señor, que lo topé á tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro, en casa está: dábannos el hallazgo, y venimos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cinquenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traia entrapajadas. Determiné de salirme de la Corte, y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocia, ni me conocia nadie. Al fin, yo me determiné, compré un vestido pardo, cuello, y espada, y despedíme de Valcazar (que era el pobre que dixé) y busqué por los mesones en que ir á Toledo.

CAPITULO XXII.

En que me hago Representante, Poeta, y galan de Monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente.

En una posada topé una compañía de Farsantes, que iban á Toledo, llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno, que lo habia sido mio del estudio en Alcalá, y habia renegado, y metidose al oficio: dixele lo que me importaba el ir allá, y salir de la Corte, y apenas el hombre me coñocia con la cuchillada, y no hacia sino santiguarse: *Per signum Crucis*. Al fin me hizo amistad (por mi dinero) de alcanzar de los demas lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mugeres, y una entre ellas la baylarina (que tambien hacia las Reinas, y papeles graves en la Comedia): me pareció extremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo sin pensar á quien hablaba, llevado del deseo de amor, y gozarla, dixele:

Es

Esta muger, por qué orden la podriamos hablar, para gastar con ella veinte escudos, que me ha parecido hermosa? No me está bien á mí el decirlo, que soy su marido (dixo el hombre) ni tratar de eso, pero sin pasion (que no me mueve ninguna) se puede gastar con ella qualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncica; y diciendo esto, saltó del carro, y fuese al otro, segun pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver, que por estos se puede decir, que tienen mugeres, como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasion, y preguntóme, que adonde iba, y algo de mi hacienda, y vida. Al fin, dexamos tras muchas palabras, para Toledo las obras: Iba monos holgando por el camino mucho. Yo (acaso) comencé á representar un pedazo de la Comedia de San Alexo que me acordaba de quando muchacho, y representélo de suerte, que les di codicia; y sabiendo (por lo que yo le dixé á mi amigo, que iba en la compañía)

mis

mis desgracias , y descomodidades díxome , que si queria entrar en la danza con ellos? Encarecióme tanto la vida de la farándula ; y yo que tenia necesidad de arrimo , y me habia parecido bien la moza , concertéme por dos años con el Autor , hícele escritura de estar con él , y dióme miracion , y representaciones , y con tanto llegamos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó quatro Loas , y papeles de barba , que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo , y eché la primera Loa en el Lugar , era de una Nave (de lo que son todas) que venia destrozada , y sin provision , decia lo de : Este es el Puerto ; llamaba á la gente senado , pedia perdón de las faltas , y silencio , y entréme. Hubo un victor de rezado , y al fin parecí bien en el Teatro. Representamos una Comedia de un Representante nuestro , que yo me admiré de que fuesen Poetas , porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos , y sabios , y no de gente tan sumamente lega ; y está ya de manera esto , que no hay Autor que no escriba Comedias , ni Re-
pre

presentante, que no haga su farsa de Moros, y Christianos: que me acuerdo yo antes, que si no eran Comedias del buen Lope de Vega, y Ramon, no habia otra cosa. Al fin la Comedia se hizo el primer dia, y no la entendió nadie; al segundo empezamosla, y quiso Dios, que empezaba por una guerra, y salia yo armado, y con rodela, que si no, á manos del mal membrillo, tronchos, y badeas, acabo. No se ha visto tal torbellino, y ello mereciao la Comedia; porque traia un Rey de Normandia sin propósito en hábito de Ermitaño, y metia dos lacayos para hacer reir, y al desatar de la maraña, no habia mas de casarse todos, y allá vas; al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero Poeta, y yo, diciéndole, que mirase de la que nos habiamos escapado, y escarmentase: díxome, que no era suyo nada de la Comedia, sino que de un paso de uno, y otro de otro, habia hecho la capa de pobre de remiendo, y que el daño no habia estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los Farsantes, que hacian Co-

Comedias, á todos les obligaba á restitucion, porque se aprovechaban de quando habian representado, y que era muy facil, y que el interes de sacar trescientos ó quatrocientos reales, les ponía aquellos riesgos. Lo otro, que como andaba por esos lugares, y les leen los unos, y otros Comedias, tomábanlas para verlas, y hurtábanselas, y con añadir una necesidad, y quitar una cosa bien dicha, decian que era suya. Y declaróme como no habia habido Farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera. No me pareció mal la traza, y yo confieso, que me incliné á ella, por hallarme con algun natural á la Poesia, y más que tenia ya conocimiento con algunos Poetas, y habia leído á Garcilaso, y así determiné de dar en el arte, y con esto, y la Farsanta, y representar, pasaba la vida. Pasado un mes que habia que estábamos en Toledo, y haciendo muchas Comedias buenas, y tambien enmendando el yerro pasado, (que con esto ya yo tenia nombre; y habia llegado á llamarme Alonsete, porque yo habia dicho llamarme Alonso; y por otro nom-

bre me llamaba el Cruel, por serlo una figura, que habia hecho, con gran aceptacion de los Mosqueteros, y chusma vulgar). Tenia ya tres pares de vestidos, y Autores, que me pretendian sonsacar de la Compañia. Hablaba ya de entender de la Comedia: murmuraba de los Cómicos famosos, reprehendia los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sanchez, llamaba bonito á Morales; pedíanme el parecer en el adorno de los Teatros, y trazar las apariencias. Si alguno venia á leer Comedia, yo era el que la oía. Al fin, animado con este aplauso, me dervirgué de Poeta en un romancico, y luego hice un entremés, y no pareció mal. Atrevíme á una Comedia, y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimias; habia sus Animas de Purgatorio, y sus demonios, que se usaban entonces con su bu, bu, al salir, y ri, ri, al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de Santan en las coplas, y el tratar luego de si cayó del Cielo, y tal. En fin, mi Comedia se

se hizo, y pareció muy bien. No me daba
manos á trabajar, porque acudian á mí
enamorado, unos por coplas de cejas, y
otros de ojos; qual de manos, y qual ro-
mancico para cabellos; para cada cosa
tenia su precio, aunque como habia otras
tiendas, porque acudiesen á la mia, ha-
cía barato. Pues Villancicos: herbía en
Sacristanes, y demandaderas de Monjas:
ciegos me sustentaban á pura oracion,
ocho reales de cada una; y me acuer-
do, que hice entonces la del Justo Juez,
grave, y sonora, que provocaba á ges-
tos. Escribí para un ciego, que las sacó
en su nombre, las famosas, que em-
piezan:

Madre del Verbo humanal,

Hija del Padre Divino,

Dame gracia virginal, &c.

Fuí el primero que introduxo acabar
las coplas, como los Sermones, con
aquí gracia, y despues gloria, en esta
copla de un Cautivo de Tetuan:

Pidámosle sin falacia

Al alto Rey sin escoria,

Pues vé nuestra pertinacia,

Que nos quiera dar su gracia,

Y despues allá la gloria. Amen.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico, y próspero; y tal que casi aspiraba ya á ser Autor. Tenia mi casa muy bien aderezada; porque habia dado (para tener tapiceria barata) en un arbitrio del diablo, y fue de comprar reposteros de tabernas, y colgarlos. Costáronme veinte y cinco, ó treinta reales; eran mas para ver, que quantos tiene el Rey, pues por estos, se veia de puro rotos, y por esotros no se verá nada. Sucedióme un dia la mejor cosa del mundo (que aunque es en mi afrenta la he de contar): Yo me recogia en mi posada, el dia que escribia Comedia, al desban, y allí me estaba, y allí comia, subia una moza con la vianda, y dexábamela allí: yo tenia por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena

el

el diablo, que á la hora, y punto, que la moza iba subiendo por la escalera (que era angosta, y obscura) con los platos, y la olla, yo estaba en un paso de montería, daba grandes gritos, componiendo mi Comedia, y decia:

Guarda el Oso, guarda el Oso,

Que me dexa hecho pedazos,

Y baxa tras tí furioso.

Qué entendió la moza (que era Gallega) como oyó decir baxa tras tí, y me dexa? que era verdad, y que la avisaba: vá á huir, y con la turbacion pisase la saya, y rueda toda la escalera: derramó la olla, y quebró los platos, y sale dando gritos á la calle, diciendo: Que mata un Oso á un hombre; y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el Oso, y aun contándoles yo como habia sido ignorancia de la moza (porque era lo que he referido de la Comedia) no lo querian creer. No comí aquel dia, supiéronlo los compañeros, y fue celebrado el cuento en la ciudad;

y de estas cosas me sucedieron muchas mientras perseveré en el oficio de Poeta, y no salí del mal estado. Sucedió, pues, á mi Autor (que siempre paró en esto) sabiendo que en Toledo le habia ido bien, le executaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la carcel, con lo qual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo (si va á decir verdad) aunque los compañeros me querian guiar á otras Compañías, como no aspiraba á semejantes oficios, y el andar en ellos era por necesidad, viéndome con dineros, y bien puesto, no traté mas que de holgarme. Despedíme de todos, fuéronse; y yo, que entendí salir de mala vida con no ser Farsante, si no la ha Vuesa merced por enojo, dí en amante de red, como cofia, y por hablar mas claro, en pretendiente de Ante-Christo, que es lo mismo que galan de Monjas. Tuve ocasion para dar en esto, teniendo yo entendido, que era la Diosa Venus una Monja, á cuya peticion habia hecho muchos Villancicos, que se me aficionó en un Auto del Corpus, viéndome repre-

sen-

sentar un San Juan Evangelista. Regálame la muger con cuidado, y hábame dicho, que solo sentia que fuese Farsante (porque yo habia fingido, que era hijo de un gran Caballero), y dábele compasion; al fin me determiné de escribirla el siguiente papel.

Mas por agradar á Vmd. que por hacer lo que me importa, he dexado la Compañia, que para mí qualquiera, sin la suya, es soledad; ya seré tanto mas suyo, quanto soy mas mio. Avíseme quando habrá Locutorio, y sabré juntamente quando tendré gusto, &c.

Llevó el villete la Andadera; no se podrá creer el grandísimo contento de la buena Monja, sabiendo mi nuevo estado; respondiome de esta manera:

RESPUESTA.

De sus buenos sucesos antes aguardo parabienes, que los doy; y me pesara de ello, á no saber que mi voluntad, y su provecho es todo uno. Podemos decir, que ha

vuelto en sí, no resta ahora sino la perseverancia, que se mida con la que yo tendré. El Locutorio dudo por hoy; pero no dexé de venirse Vmd. á Vísperas, que allí nos veremos, y luego por las vistas, y quizá podré yo hacer alguna pandilla á la Abadesa. Y á Dios.

Contentóme el papel; que realmente la muger tenia buen entendimiento, y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solia hacer los galanes en la Comedia. Fuíme luego á la Iglesia, recé, y luego empecé á repasar todos los lazos, y agujeros de la red con los ojos, para ver si parecia, quando Dios, y en hora buena (que mas era diablo, y en hora mala) oigo la seña antigua, comenzó á toser, y andaba una tosedura de barabbas, remedábamos un catarro, y parecia que habian echado pimienta en la Iglesia; al fin yo estaba cansado de toser, quando se me asoma á la red una vieja tosiendo, y echó de ver mi desventura, que es peligrosísima seña en los Conventos; porque como esseña á las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que

pien-

piensa que es reclamo de ruiñón, y sale una lechuza. Estuve gran rato en la Iglesia, hasta que empezaron Vísperas: oílas todas, que por esto llaman á los galanes de Monjas, solemnes enamorados, por lo que tienen de vísperas, y tienen tambien, que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás. No se creará los pares de vísperas, que yo oí: estaba con dos varas de gaznate, más del que tenía quando entré en los amores, á puro estirarme para ver. Fuí gran compañero del Sacristán, y Monacillo, y muy bien recibido del Vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecia que almorzaba asadores, y que comia virotos. Fuíme á las vistas, y allá (conser una Plazuela bien grande) era menester enviar á tomar lugar á las doce, como para Comedia nueva: hervia en devotos; al fin me puse donde pude, y podíanse ir á ver por cosas raras, las diferentes posturas de los amantes; qual sin pestañear los ojos mirando; qual con su mano puesta en la espada, y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro alzadas las manos, y

extendidos los brazos á lo seráfico: qual con la boca mas abierta, que la de muger pedigüeña, sin hablar palabra la enseñaba á su querida las entrañas por el gaznate; otro, pegado á la pared, dando pesadumbre á los ladrillos, parecia medirse con la esquina: qual se paseaba, como si le hubieran de querer por el portante, como á macho; otro, con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecia que llamaba al Alcon. Los zelosos era otra vanda; estos unos estaban en corrillos riéndose, y mirando á ellas; otros leyendo coplas, y enseñándoselas: qual para dar picon, pasaba por el terrero con una muger de la mano; y qual hablaba con una criada echadiza, que le daba un recado: esto era de la parte abaxo, y nuestra; pero de la de arriba, adonde estaban las Monjas, era cosa de ver tambien, porque las vistas era una Torrecilla llena de rendijas toda, y una pared con deshilados, que parecia ya salvadera, ya pomo de olor; estaban todos los agujeros poblados de brújulas; allí se veía una pepitoria, una mano, y acullá un pie: en otra parte habia cosas de Sa-
ba

bado, cabezas, y lenguas, aunque faltaban sesos; á otro lado se mostraba buhoneria: una enseñaba el rosario; qual mecía el pañuelo; en otra parte colgaba un guante; allí salia un liston verde; unas hablaban algo recio, otras tosian; qual hacia la señal de los sombreros, como si sacara arañas ceceando. En verano es de ver, como no solo se calientan al Sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas á ellas tan crudas, y á ellos tan asados. En invierno acontece, con la humedad, nacerle á uno de nosotros berros, y arboledas en el cuerpo; no hay nieve que se nos escape; ni lluvia que se nos pase por alto, y todo esto al cabo es para ver una muger por red, y vidrieras, como hueso de Santo: es como enamorarse de un toro en jaula, si habla; y si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan á cabes; un paloteadico con los dedos: hincan las cabezas en las rejas, y apuntanse los requiebros por las troneras, aman al escondite; pues verlas hablar quedito, y aderezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda, y una tornera que miente; y lo que me-

por es, ver como nos piden zelos de las acá fuera, diciendo, que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas, que hallan para probarlo. Al fin, yo llamaba señora á la Abadesa, Padre al Vicario, y hermano al Sacristan, cosas todas, que con el tiempo, y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme á enfadar las Torneras con despedirme, y las Monjas con pedirme. Consideré, quan caro me costaba el infierno, que á otros se da tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veía que me condenaba á puñados, y que me iba al infierno por solo el sentido del tacto. Si hablaba, solia (porque no me oyesen los demás, que estaban en las rejas) juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos dias siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba tan baxo, que no me podia comprehender, si no se valia de trompetilla. No me veía nadie, que no decía: maldito seas, bellaco mongil, y otras cosas peores. Todo esto me tenia revolviendo pareceres, y casi determinado á dexar la Monja, aunque perdiese mi sustento, y determinéme el dia de San Juan

Evangelista, porque acabé de conocer lo que son Monjas: y no quiera Vmd. saber mas de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la Misa, la gimiéron; no se lavaron las caras; y se vistieron de viejo, y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, traxeron banquetas, en lugar de sillas, á la Iglesia; y muchos pícaros del rastro. Quando yo ví, que las unas por el un Santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente de ellos, cogiéndola á la Monja mia, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ambar, y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde como en tierra mas ancha quise probar ventura. Lo que hizo la Monja de sentimiento, mas por lo que la llevaba, que por mí, considérelo el pío lector.

CAPITULO XXII.

De lo que me sucedió en Sevilla, hasta embarcarme á Indias.

Pasé el camino de Toledo á Sevilla prósperamente; porque como yo tenia ya
mis

mas principios de fullero, y llevaba dados cargados, con nueva pasta de mayor, y menor, y tenia la mano derecha encubridora de un dado, pues preñada de quatro, paria tres. Llevaba provision de cartones de lo ancho, y de lo largo, para hacer garrotes de Moros, y bailestilla, y así no se me escapaba dinero. Dexo de referir otras muchas flores, porque á decirlas todas, me tuvieran mas por ramillete, que por hombre: y tambien porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios, de que hayan los hombres, mas quizá declarando yo algunas chanzas, y modos de hablar, estarán mas avisados los ignorantes; y los que leyeren mi libro, serán engañados por su culpa. No te fies hombre en dar tú la baraja, que te la trocarán al despavilar de una vela, guarda el naype de tocamientos raspados, y bruñidos (cosa con que se conocen los azares). Y por si fueres picaro (lector) advierte, que en cocinas, y caballerizas, pican con alfiler, ó doblan los azares, para conocerlos por lo hēndido. Y si tratares con gente honrada, guárdate del naype, que desde la estampa fue concebido en pecado, y que

con

con traeratravesado el papel, dice lo que viene : no te fies del naype limpio , que al que da vista, y retiene lo mas jabonado, es sucio. Advierte, que á la carteta el que hace los naypes, que no doble mas arqueadas las figuras, fuera de los Reyes, que las demas cartas; porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que dá, y procura que no se pidan cartas, ó por los dedos en el naype, ó por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de mas cosas, estas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto , que son infinitas las maulas que te callo. Dar muerte, llaman quitar el dinero , y con propiedad: revesa, llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entiende: doblones son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastros de bolsas: blanco, llaman al sano de malicia, y bueno como el pan, y negro al que dexa en blanco sus diligencias. Yo , pues , con este lenguaje, y estas flores llegué á Sevilla , con el dinero de los camaradas, gané el alquiler de las mulas, y la comida

y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuime luego á apear al meson del Moro, donde me topó un condiscípulo mio de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se decia (por parecerle nombre de poco ruido) Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habian dado, decia: no hay tal Maestro, como el bien acuchillado, y tenia razon, porque la cara era una cuera, y él un cuero: díxome, que me habia de ir á cenar con él, y otros camaradas, y que ellos me volverian al Meson. Fui, llegamos á su posada, y dixo: Ea, quite la capa bucé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla, y porque no le tengan por maricon, abaxe ese cuello, y agovie de espaldas, la capa caída (que siempre andamos nosotros de capa caída) y ese ocico de tornillo, gestos á un lado, y á otro, y haga bucé de la g, h, y de la h, g, diga conmigo: gerida, mogino, gumo, pacheria, mohar, habali, y harto de vino. Tomélo de memoria, prestóme una daga, que en lo ancho era alfange, y en lo lar-

go

go se llamaba espada, y que bien podia. Bébase (me dixo) esta media azumbre de vino puro, que si no da varada, no parecerá valiente. Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron quatro de ellos, con quatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubiertos con las capas, sino faxados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes; altas las faldillas de delante, que parecian diademas; un par de herrierias enteras por guarniciones de dagas, y espadas, las conteras en guarnicion, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buidos á lo cuerno, y barbas Turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego á mi amigo le dixeron (con voces mohinas, sisando palabras:) Seydor, so compadre, respondió mi ayo. Sentáronse, y para preguntar quien era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorrales, y abriendo la boca, y empujando ácia mi el labio de abaxo me señaló; á lo qual mi Maestro satisfizo, empuñando la barba, y mirando ácia abaxo. Y con esto se levantaron todos con mucha alegría, y me

abrazaron, y hicieron muchas fiestas, y yo de la propia manera á ellos, que fue lo mismo, que si catara quatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar, vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman cañones. Sentámonos todos juntos á la mesa : aparecióse luego el alcaparron, y con esto empezaron (por bien venido) á beber á mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la ví beber, no entendi que tenia tanta. Vino, pescado, y carne, y todó con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y alli se echaba de bruces el que queria hacer la razon. Contentóme la penadilla: á dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra, menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta sin confession; recetáronsele al Asistente mil puñaladas: tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado, y Gayon. Derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes, lloraron tiernamente al mal logrado Alonso Alvarez. Ya mi compañero con estas cosas, se le des-

desconcertó el relox de la cabeza, y dixo algo ronco, tomando un pan con las dos manos, y mirando á la luz: por esta que es cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del Angel, que si bucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete, que siguió al pobre tuerto. Levantóse entre ellos un alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron solemnemente, poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa, y echándose sobre ella de hocicos, dixeron: Asi como bebemos este vino, hemos de beber de la sangre de todo acechador. ¿Quién es este Alonso Alvarez (pregunté) que tanto se ha sentido su muerte? Mancebo (dixo el uno de ellos) lidiador á higado, mozo de manos, y buen compañero. Vamos, que me retientan los demonios. Con esto salimos de casa á montería de corchetes. Yo como iba entregado al vino, y habia renunciado en su poder mis sentidos, no advertia el riesgo á que me ponía. Llegamos á la calle de la mar, donde se encaró con nosotros la Ronda; no bien la columbraron, quando sacando las espadas la embestimos. Yo hice lo mis-

mo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas almas al primer encuentro. El Alguacil puso la Justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces: no lo pudimos seguir, por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos á la Iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la Justicia, y dormimos lo necesario, para espumar el vino, que hervia en los cascos: Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la Justicia dos corchetes, y huido el Alguacil de un racimo de ubas, que entonces lo eramos nosotros. Pasabamoslo en la Iglesia notablemente, porque al olor de los retraidos, vinieron Ninfas; desnudáronse por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; supomé bien, y mejor que todas esta vida; y así propuse de navegar en ansias con la Grajales, hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos dias era Rabí de los otros Rufianes. La Justicia no se descuidaba de buscarnos, rondábanos la puerta; pero con todo de media noche abaxo, rondábamos disfrazados: yo que ví, que duraba mucho este

te negocio , y mas la fortuna en perseguirme (no de escarmiento , que no soy tan cuerdo, sino de cansado , como obstinado pecador) determiné , consultándolo primero con la Grajales , de pasarme á Indias con ella , á ver , si mudando mundo , y tierra , mejoraria mi suerte , y fueme peor , pues nunca mejora su estado , quien muda solamente de lugar , y no de vida , y costumbres.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

De los Capítulos contenidos en la historia y vida del Gran Tacaño.

- Cap. I. En que cuenta quien es, y de donde.* 1.
- Cap. II. De como fui á la escuela, y lo que en ella me sucedió.* 6.
- Cap. III. De como fui á un pupilage por criado de Don Diego Coronel.* 14.
- Cap. IV. De la convalecencia, é ida á estudiar á Alcalá de Henares.* 28.
- Cap. V. De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo.* 39.
- Cap. VI. De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.* 50.
- Cap. VII. De la ida de Don Diego, y nuevas de la muerte de mis padres ; y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante.* 64.
- Cap. VIII. Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rexas, donde dormí aquella noche.* 69.
- Cap. IX. De lo que me sucedió hasta* lle-

- llegar á Madrid con un Poëta* 78.
- Cap. X. De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecilla donde dormí.* 85.
- Cap. XI. Del hospedage de mi tio, y visitas, y la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la Corte.* 101.
- Cap. XII. De mi huida, y los sucesos en ella hasta la Corte.* 111.
- Cap. XIII. En que el Hidalgo prosigue el camino, y lo prometido de su vida y costumbres.* 117.
- Cap. XIV. De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué, hasta que anocheció.* 125.
- Cap. XV. En que se prosigue la materia comenzada, y otros raros sucesos.* 130.
- Cap. XVI. En que prosigue la misma materia hasta dar con todos en la Carcel.* 146.
- Cap. XVII. En que se describe la Carcel, y lo que sucedió en ella, hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en fiado.* 150.
- Cap. XVIII. De como tomé posada, y*

- la desgracia que en ella me sucedió.* 163.
- Cap. XIX. En que prosigue lo mismo, con otros varios sucesos.* 170.
- Cap. XX. En que se prosigue el cuento, con otros sucesos, y desgracias notables.* 179.
- Cap. XXI. De mi cura, y otros sucesos peregrinos.* 195.
- Cap. XXII. En que me bago Representante, Poëta, y galan de Monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente.* 205.
- Cap. XXIII. De lo que me sucedió en Sevilla, hasta embarcarme á Indias.* 221.